

T CUENTOS POLICIALES ARGENTINOS
CON TINTA Y SANGRE



CUENTOS POLICIALES ARGENTINOS

CON TINTA Y SANGRE

DE SANTIS · GANDOLFO · SASTURAIN · P. ZELASCHI | DIBUJOS DE FRANCIA



Cuentos policiales argentinos con tinta y sangre / Pablo De Santis ...
[et. al.]. - 1.ª ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Colihue, 2019.
96 p. : il. ; 24x17 cm. - (Libros ilustrados)

ISBN: 978-987-684-793-3

**Edición Especial para
el Municipio de La Matanza**

1. Narrativa argentina. 2. Cuentos policiales. I. De Santis, Pablo.
CDD A863

Ilustraciones: **Omar Francia**

Prólogo: **Oche Califa**

Selección: **Oche Califa**

Coordinación: **Nora Bonis**

Diseño y armado: **Malena Cascioli · Matías Scappaticcio**

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial. Solo se autoriza la reproducción de la tapa, contratapa y página de legales e índice completos, de la presente obra exclusivamente para fines promocionales o de registro bibliográfico.



LIBRO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA. PROHIBIDA SU VENTA

*Esta edición se terminó de imprimir en Latingráfica S.R.L., Rocamora 4161,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, en julio de 2019.*

© **Ediciones Colihue S.R.L.**

Av. Díaz Vélez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires • Argentina

ecolihue@colihue.com.ar

www.colihue.com.ar

ISBN 978-987-684-793-3



9 789876 847933
www.colihue.com.ar

ISBN: 978-987-684-793-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA • PRINTED IN ARGENTINA

UN OBJETIVO PRIMORDIAL: ATRAPAR AL LECTOR

A partir de los años cuarenta comienza a abrirse en la Argentina un espacio dinámico y prometedor para la literatura policial. Varias revistas publican obras del género, promueven concursos y Jorge L. Borges y Adolfo Bioy Casares inauguran la colección El Séptimo Círculo. Esto permite la aparición y la consideración por la crítica de escritores que desarrollarán una obra de importancia. Entre ellos se sitúa Adolfo Pérez Zelaschi.

La literatura policial en esos años es, con preponderancia, la contenida por las “novelas problema” o “de enigma”, de prosapia anglosajona. Sus autores emblemáticos son Arthur Conan Doyle, creador de Sherlock Holmes, y G. K. Chesterton, que inventó al Padre Brown. El cuento de Pérez Zelaschi que se publica –y que ganó un concurso en 1961, con Borges, Bioy Casares y Manuel Peyrou como jurados– es una elocuente muestra del policial nativo de esos años, con una escritura de jerarquía que “demora” el final, inquieta con sospechas al lector y sorprende con su resolución.

Entre las traducciones de los europeos en esos años se intercalan algunos estadounidenses, como Raymond Chandler y Dashiell Hammett, creadores de lo que se denomina “policial negro” o “duro”. Su aceptación en la Argentina se decidirá en los años setenta, con numerosas ediciones y la estima de la crítica. Por entonces, Ricardo Piglia dirigirá una colección denominada Serie Negra, que los encumbrará. Los norteamericanos no se dedican a la “novela-problema” sino que cuentan historias de acción –a veces llamadas *thrillers*–, con mayor carga de violencia, sexo y ambientes marginales.

Tanto Elvio E. Gandolfo como Juan Sasturain son protagonistas destacados de esa generación influida por el policial estadounidense. El primero, de todos modos, parece sostener, en el cuento que se publica, vínculos con la generación anterior; hay en su forma de contar afinidad con las maneras de Peyrou, Rodolfo Walsh o Zelaschi, y hasta un condimento poco habitual: el político.

Sasturain, en cambio, desarrolla una historia de ambientes y personajes caros a los “duros”: un cabaret centroamericano con soldados yanquis, tipos “pesados” y chicas bonitas (aunque también puede sospecharse una intención de parodia a estos lugares comunes del género).

Pablo De Santis es autor relevante de la generación más joven, y en ella de quienes abordan los géneros de manera habitual aunque no en forma exclusiva (lo que también le corresponde a Gandolfo). Su historia parte de un tema meneado sin pruritos por algunos medios en la década de 2000 –el de las aparentes mutilaciones de vacunos en los campos bonaerenses– y conlleva la carga de un personaje víctima del “trauma Malvinas”.

La selección permite encontrarnos con un recorrido del policial argentino que tras más de medio siglo ha aportado de manera significativa a las letras y a un objetivo primordial: atrapar al lector. ♦

OCHE CALIFA



LA MARCA DEL GANADO

PABLO DE SANTIS



LA MARCA DEL GANADO

El primer animal apareció en el campo de los Dosen y a nadie le hubiera llamado la atención de no haber estado tan cerca del camino y con la cabeza colgando. Fue a fines del 82 o principios del 83, me acuerdo porque hacía pocos meses que había terminado la guerra y todos hablábamos del hijo de Vidal, el veterinario, que había desaparecido en el mar. Para escapar del dolor, de esa ausencia tan absoluta que ni tumba había, Vidal se entregó al trabajo, y como no eran suficientes los animales enfermos para llenar sus horas, investigó cada una de las reses mutiladas que empezaron a aparecer desde entonces. En realidad nunca supimos con certeza si el de los Dosen fue el primer caso, porque solo desde entonces nos preocuparon las señales: aquí nunca llamó la atención una vaca muerta.

Al principio los Dosen le echaron la culpa al Loco Spica, un viejo inofensivo que andaba cazando nutrias y gritando goles por el campo, con una radio portátil que había dejado de funcionar hacía un cuarto de siglo. A todos nos pareció una injusticia que los Dosen le echaran la culpa, porque el viejo podía matar algo para comer, pero nunca hubiera hecho así: la cabeza casi seccionada, tiras de cuero arrancadas en distintos puntos de una manera caótica y precisa a la vez, como si el animal se hubiera convertido en objeto de una investigación o de un ritual. Y quedó claro que el Loco Spica no había tenido nada que ver, porque en marzo del 83, durante la inundación, apareció flotando en el río diez kilómetros al sur, y las mutilaciones –esa fue la palabra que usó Vidal, el veterinario, la primera vez y que todos nosotros usamos desde entonces– continuaron.

No me acuerdo si siguió después aquel novillo en el campo de la viuda Sabella o el ternero que apareció atado al molino derrumbado, con la cabeza de otro en lugar de la suya. En cada caso nuestro comisario, Baus, fue a buscar al veterinario para que estudiara las marcas y tratara de encontrar alguna pista. El comisario parecía desconcertado: nunca en su vida había investigado nada, ya que en el campo, a diferencia de la ciudad, las cosas son, o bien demasiado evidentes, o completamente invisibles, y tanto en un caso como en otro la investigación es inútil.

A partir de entonces el bar que heredé de mi padre, y que apenas me permite sobrevivir, se convirtió en una especie de foro sobre las mutilaciones. A nadie le importaba una vaca de más o de menos, porque acá cuestan poco y nada, pero asustaba imaginar al culpable, solo, en la noche, derribando al animal con un golpe en la cabeza, inventando formas distintas para cortarlo, a veces vivo todavía (así lo aseguraba el veterinario). Yáñez, el mecánico, decía que era una secta, y que sabía de casos parecidos en las afueras de Trenque Lauquen. Soria, el jefe de estación, hablaba de ovnis, él siempre estaba viendo luces en el cielo, sacaba fotografías, paseaba solo por el campo en espera del encuentro. Las mutilaciones eran para él experimentos; los extraterrestres analizaban las muestras de tejido. Como le dije que eso podría explicar los cortes pero no otras aberraciones (las cabezas trocadas, las langostas encerradas en las heridas, las flores emergiendo de las órbitas oscuras), Soria se defendía: era un experimento, sí, pero sobre nosotros: estudiaban nuestras reacciones ante lo malvado y lo desconocido.

Baus, el comisario, si tenía alguna teoría, la callaba. Investigó a los crotos que siempre andan por aquí y a fuerza de tantos interrogatorios terminó espantándolos, y hasta el día de hoy casi no ha vuelto a aparecer ninguno. Una noche, cuando le pregunté si realmente creía que eran ellos, me respondió tranquilo: es uno de nosotros.

¿Pero quién? Porque aquellas mutilaciones no traían ningún beneficio ni seguían un plan reconocible. Podían caer en el campo de cualquiera, y tampoco dentro de su locura seguían un sistema determinado. Vidal anotaba todo en una libreta de tapas azules, pero



“Porque aquellas mutilaciones no traían ningún beneficio ni seguían un plan reconocible”.

salvo cierta abundancia de marcas en la cabeza, no había otra constante. Iba a todos lados con su libreta, y cuando a veces cenaba en mi establecimiento, siempre solo, leía en voz baja aquella lista monótona, como si se tratara de un rezo. Los animales muertos le servían de excusa para estar siempre en movimiento, en busca de nuevos ejemplares, día y noche, para huir de su casa desierta y de los portarretratos con las fotos de su hijo.



“Las mutilaciones se convirtieron en una obsesión para él, fue su primera investigación y también la última”.

A la tarde, frente a los vasos de ginebra o de fernet, todos hablaban con una autoridad infinita en la materia, mientras jugaban al dominó y esperaban con ansiedad que el próximo parroquiano irrumpiera con alguna nueva noticia. Ya no veíamos los animales muertos como pertenecientes a uno u otro dueño, sino como reses marcadas

a través de las mutilaciones para señalar su pertenencia a un mismo rebaño fantasmal, que no cesaba de crecer.

Hubo casos más espectaculares que otros, y de una ejecución más arriesgada, como el ternero que apareció colgado en la finca de los Dorey, muy cerca de la casa. Los Dorey no oyeron nada, los perros apenas ladraron y se callaron enseguida y el matrimonio siguió durmiendo, que los perros ladran por cualquier cosa. A la mañana se encontraron con el ternero colgado, la rama casi quebrada por el peso; seguramente habían usado un coche o una camioneta para izarlo, pero las lluvias habían borrado las huellas.

Vinieron algunos periodistas, de la capital inclusive. Estuvieron unos días en el hotel Lavardén, y se los veía a la hora de la siesta de aquí para allá, por las calles vacías, sin saber qué hacer, esperando la hora del regreso. También vinieron policías enviados por la jefatura de la provincia, y el comisario se sintió un poco relegado. Interrogaron a todo el mundo, sacaron fotografías y recogieron muestras para el laboratorio, pero se fueron también al poco tiempo sin respuestas y sin demasiado interés por las respuestas que no habían encontrado.

Durante todo ese tiempo, aun mientras los otros policías invadían su lugar, el comisario siguió investigando. Nos interrogó a todos; ponía un viejo grabador encima de la mesa y nos hacía hablar, nos preguntaba por los vecinos, por las rarezas que podía tener alguno. Hasta al cura interrogó, convencido de que el culpable había ido a confesarse y de que el padre Germán lo protegía debido al secreto de confesión. Las mutilaciones se convirtieron en una obsesión para él, fue su primera investigación y también la última. A veces lo veía, por las noches, en la comisaría, bajo los tubos fluorescentes, los mapas del campo extendidos en la mesa, con los sitios donde habían aparecido los animales encerrados en círculos rojos. Trataba de encontrar en esas marcas dispersas una figura, intentaba adivinar el próximo caso. Hasta las cuatro o las cinco de la mañana se quedaba ahí, oyendo las cintas que había grabado, las conversaciones triviales, todos los secretos del pueblo, y esas voces, que nada sabían de las mutilaciones, parecían cautivarlo.

Ahí empezó a tener problemas con su esposa, porque iba poco para su casa, y cuando no estaba en la comisaría atravesaba los campos en su camioneta, con un faro buscahuellas, como un alucinado, hasta que se quedaba dormido en algún camino o, si le quedaban fuerzas, volvía para escuchar las cintas con las voces de todos. Nuestras voces lo atraparon y lo enloquecieron. Buscaba contradicciones y las encontraba una y otra vez, porque aquí nadie presta atención a nada y quien dice una cosa puede decir otra. El comisario parecía creer que todos sabían lo que pasaba, y que él era el único al que esa verdad estaba vedada. Hasta tal punto llegó su desconfianza que cuando entraba en el bar todos callábamos y cambiábamos de tema, y pasábamos tímidamente al fútbol, a las inundaciones o a algún chisme local. El comisario se acostumbró a esa bienvenida que se le brindaba, hecha de silencio incómodo y lugares comunes.

El comisario sufría y se alejaba de todo, y por eso yo tuve la tentación de entrar de noche en la comisaría para apartar los mapas y las grabaciones y decirle la verdad. No hubiera servido de nada, porque él ya había hecho algo tan grande con aquellas vacas muertas, había construido con paciencia un misterio insondable que no encerraba solo al culpable sino a todos, que nada lo hubiera dejado contento. La verdad le hubiera parecido insuficiente; y si yo hubiera hablado, pero no hablé, lo habría considerado un engaño, algo destinado a hacerlo caer en una trampa, a relevarlo de su insomnio y su desconfianza para dejarle libre el terreno al mal.

De todos en el pueblo quizás yo era el único que no tenía ninguna teoría. Todas me parecían verosímiles, inclusive la de los extraterrestres, y a la vez imposibles; si me hubieran hablado de una enfermedad inexplicable que golpeaba a las vacas con esos síntomas atroces, lo hubiera creído también. Me parecía que la explicación estaba más cerca de una fuerza ciega, impersonal, que de un culpable minucioso y obstinado. Podían ser los hijos de Conde, que nacieron malvados, Greis, un cuidador de caballos que dormía abrazado a su escopeta, o la viuda de Sabella, o el veterinario Vidal o el mismo comisario.

Nunca hice ninguna conjetura firme, nunca investigué nada, y si llegué a la verdad, y fui el primero, fue por casualidad. Volvía, un

poco entonado, de la casa de unos primos, a cuarenta y cinco kilómetros del pueblo. Se festejaba un cumpleaños y cuando se terminó la última botella me invitaron a dormir. No soporto camas ajenas y a pesar del sueño decidí volver. La noche estaba clara y vi desde lejos la vieja Ford de Vidal, detenida a un costado del camino, con los faros apagados. Pensé que se le había quedado el motor: Vidal iba seguido a verlo al mecánico por una cosa o por otra. Detuve el rastrojero y me bajé dispuesto a ayudarlo. Dije “Buenas noches, doctor”, pero Vidal no me respondió. Cuando me acerqué, vi con claridad al veterinario que, inclinado sobre la res abatida, practicaba los cortes con pulso firme. Yo estaba cansado y había tomado de más, pero al instante se borraron las huellas del sueño y del alcohol.

Vidal sacó de su maletín un frasco de vidrio lleno de insectos muertos, muchas mariposas sobre todo, también escarabajos, que esperaban a ser sepultados en la herida. Empuñaba con firmeza el viejo bisturí alemán con sus iniciales en el mango, sin preocuparse por el testigo que seguía el procedimiento. Era tal su indiferencia que yo me sentí culpable por estar allí, por invadir la ceremonia privada que nunca llegaría a comprender. Durante algunos segundos fui yo el culpable, y él un juez inalcanzable, tan remoto en su dignidad e investidura que ni siquiera llegaba a saber de la existencia del imputado.

No dormí esa noche, y abrí el bar más tarde de lo habitual, y cuando ya a las cuatro, cuando empezaban a llegar los muchachos, quise decirles la verdad, me di cuenta de que no había llegado el momento oportuno. Esperé que hablaran, que expusieran sus teorías, sus ovnis, sus sospechas; cuando el último terminara de hablar yo, callado hasta ese entonces, diría la verdad y ellos me oirían en silencio. En un instante, en un nombre, entraba todo: después de esa revelación, nada, perdería el poder del secreto. Decidí dejarlo para el día siguiente.

Pero entonces tampoco me pareció que era el momento oportuno. Me gustaba escucharlos hablar, confrontar en silencio sus torpes deducciones con el secreto; y a causa de esa satisfacción, fui más amable que nunca, y serví medidas más generosas y la casa invitaba con cualquier excusa, con tal de que aquellas voces no callaran nunca. Mi secreto no me distanció, al contrario, me sentí más cerca de

ellos, ahora que los veía inocentes, ingenuos, moviéndose a ciegas en un mundo cuyos mecanismos ignoraban por completo.

Pasaron tres semanas desde la noche en que vi la Ford de Vidal junto al camino hasta la mañana en que el veterinario entró a mi establecimiento para pedir una grapa. Después de tomarla de un trago me preguntó por qué no había hablado. Le dije que no era asunto de mi incumbencia, y pareció aceptar mi respuesta como algo razonable; era evidente que él también pensaba que el asunto no era de la incumbencia de nadie más. Me costaba hablar con él, me daba cierto pudor, como si fuéramos cómplices de alguna situación no solo espantosa, sino también ridícula, pero al fin pregunté por qué, dije solo por qué, incapaz de terminar la pregunta.

No esperaba respuesta, porque me parecía que todo lo que se podía decir estaba escrito ahí, en el idioma hecho de reses muertas y combinaciones abominables. Pero el veterinario dejó dos monedas en la mesa y respondió.

Dijo que siempre había sido un buen veterinario, que había llegado a entender a los animales a través de señales invisibles para otros. Estudiaba el pelaje, pero también sus huellas, las marcas en el pasto, los árboles cercanos. Sentía que con cada animal enfermaba un pedazo del mundo, y que a él le tocaba la tarea de restaurar la armonía. Así lo había hecho por años y por eso los ganaderos de la zona confiaban en él.

Después las cosas cambiaron. A su hijo le tocó primero la Marina, luego una base naval en el sur, y finalmente la guerra. Él lo esperó sin optimismo y sin miedo hasta que una mañana un Falcon blanco de la Marina con una banderita en la antena se detuvo frente a su casa. Él lo vio llegar desde la ventana. Del auto bajó un joven oficial que caminó con lentitud hacia la puerta, como esperando que en el camino le ocurriera algún incidente que lo hiciera desistir de su misión. Se notaba que nunca había hecho lo que ahora le tocaba hacer, y después de pronunciar un vago saludo le tendió con torpeza una carta con los colores patrios en una esquina, cruzados por una cinta negra. La mano del joven oficial temblaba al sostener la carta donde decía que el hijo del doctor Vidal había sido tragado por el mar, por el mar que nunca antes había visto.



Entonces el doctor Vidal descubrió algo que hasta ese entonces se le había ocultado: el mundo era maligno, y no podía pasar este hecho por alto. No podía seguir curando animales, ni creer que trabajaba para alguna armonía que los otros hombres eran incapaces de ver. No existía ninguna armonía ni ninguna verdadera curación posible. Sintió que la cura era una falta a la verdad.

Siguió sanando a los animales, porque era su trabajo y no sabía hacer otra cosa, pero decidió dejar en la noche y en los campos una marca, la señal que decía con claridad que él no había sido engañado, que a todos podían mentir, pero no a él, que sabía de qué se trataba la cosa. Entonces se dedicó a curar pero también a matar y a mutilar, a dejar en la noche las letras sangrientas de su mensaje. No dijo destinado a quién o qué.

Yo lo había escuchado en silencio, sin interrumpirlo ni hacerle ninguna otra pregunta, y no lo saludé ni me saludó cuando se fue. No sé si la explicación tuvo algo que ver, pero a partir de allí hubo menos casos, uno cada tres semanas, no más. Otras noticias nos distrajeron un poco y alargaron las partidas de dominó hasta que empezaba la noche. Beatriz, la esposa de Baus, el comisario, cansada de las ausencias, los ataques de ira y el misterio, lo dejó, sin avisarle nada. Hizo las valijas y desapareció, y cuando el comisario llegó casi al amanecer a su casa, después de una expedición nocturna, se encontró con una grabación, hecha en la misma grabadora del comisario, donde la mujer decía que no soportaba más, que las cosas no podían seguir así, etcétera. La mujer había hecho una grabación porque decía que lo único que escuchaba su esposo eran aquellas cintas, y que si dejaba un papel escrito probablemente no le prestaría atención.

Diez días después, Baus miró por última vez los planos, las vacas de juguete en las que practicaba las incisiones, y salió para meterse en el terreno de Greis, aunque sabía que estaba loco, que dormía abrazado a la escopeta y disparaba a cualquier cosa que se moviera en la noche.

La muerte convirtió a Baus en un héroe para los muchachos del bar, que desde entonces contaron como hazañas algunos episodios

menores de su actuación policial. Del capítulo final echaban la culpa a la esposa, y comentaban sin énfasis que el primo de un amigo de un conocido la había visto en un bar de La Plata, que se había cambiado de nombre y se hacía pagar las copas. De vez en cuando yo intentaba, desde la sombra, llevar el tema hacia los animales mutilados, pero no lograba interesarlos, y más de uno a esa altura me respondía: a quién le importa. Nunca estuve tan cerca de decir la verdad, pero la había llevado tanto tiempo conmigo que ya no sabía cómo decirla.

Después vino la sequía, y la avioneta que cayó en el campo de los Ruiz, y otras distracciones, y ya nadie volvió a hablar de las vacas muertas. Vidal casi nunca venía al establecimiento, y no me animaba a ir a buscarlo para preguntarle por qué había terminado, si acaso creía que el mundo se había curado o que su mensaje había dejado de tener importancia. Una noche, cerca de fin de año, días después de que el nuevo comisario, un hombre joven, de apellido Lema, llegara al pueblo, Vidal se sentó junto a la ventana y se quedó ahí, mudo, con el vasito de grapa en la mano, hasta que no quedó nadie más. Actué sin pensar, como si hubiera tomado la decisión mucho tiempo antes, en espera del momento oportuno. Cuando el veterinario se levantó para ir al baño abrí su maletín y saqué el bisturí alemán. Después seguí acomodando las sillas boca abajo sobre las mesas.

Esa misma noche caminé y caminé sin rumbo, armado con una llave inglesa, y el bisturí en el bolsillo izquierdo de mi camisa, el filo envuelto en papel de diario. Cuando la vaca ya estaba caída y marcada, como una ofrenda a un dios malvado y hambriento, dejé caer el bisturí en la herida. Ese era mi mensaje para quien lo supiera entender.

El nuevo comisario, Lema, lo supo entender, y a los dos días se presentó en la casa del veterinario. No fue necesario que preguntara nada, porque Vidal confesó todo, inclusive la última mutilación, y se dejó arrastrar por salas de espera de juzgados y hospitales y calabozos de comisaría. No dio explicaciones ni mostró ninguna forma de arrepentimiento. Cuando salió en libertad, a las dos semanas, malvendió la casa y se asentó un poco más al sur, del otro lado del río, donde nadie lo conocía.



En el bar se volvió a hablar de las mutilaciones y cada uno barajaba los distintos motivos que podía haber tenido el veterinario. Pero todos hablaban con una rara cautela, como si supieran que el misterio, antes tan ajeno, ahora formaba parte de algo que nos involucraba. Hablaban con frases sin terminar. Yo volví a mi silencio: había vuelto a tener mi secreto.

Nada supimos de Vidal durante cinco años hasta que llegó la noticia de su muerte en un accidente automovilístico. Fue en la ruta, una noche clara después de una tormenta. El día anterior el viento había tirado el alambrado y quedó ganado suelto en el camino. Los animales se avistaban a lo lejos, pero el veterinario, en lugar de frenar la marcha, aceleró contra las formas lentas y oscuras que lo esperaban. Acaso pensó que el mensaje, fuera cual fuera su destinatario, no había sido lo bastante claro, y que hacía falta un último sacrificio para hacerlo legible. ◇



UN ERROR DE LUDUEÑA

ELVIO E. GANDOLFO



UN ERROR DE LUDUEÑA

- I -

Ludueña vive en la piecita que está al fondo del patio, encaramada a una estrecha escalera de metal.

Si se mira al espejo ve un rostro delgado y oscuro, cercano a los cuarenta años, una boca delgada, tres arrugas profundas en la frente si levanta las cejas, el pelo muy negro y bien peinado hacia atrás, ojos como botones de vidrio negro.

La dueña es pequeña, de pelo blanco. Vive adelante, en la casa propiamente dicha. Nunca le preguntó a Ludueña en qué trabajaba, ni intentó averiguar sobre su vida anterior o externa a la pensión. Ludueña le agradece con una cortesía cercana a la amistad.

Aunque está perfectamente peinado, Ludueña se pasa un peine por el pelo, lo guarda en un bolsillo del saco, se aparta del espejo y se escruta con cuidado, inmóvil. Luego toma un pequeño fajo de billetes que hay sobre la cómoda, cruza el patio, mira detenidamente el limonero al pasar, atraviesa el corto pasillo que da a la calle y saluda a la dueña, sentada en un sillón de mimbre junto a la puerta. Ella contesta mostrándole por un instante la dentadura blanca, perfecta.

Mira la hora en la torre de la iglesia cercana. Tiene tiempo, decide ir caminando.

Mientras se acerca al centro el tráfico se espesa, desaparecen las sillas o la gente parada junto a la puerta, se oscurece el tono de las paredes, crece el ruido.

Llega al bar de Malabia y Bunsen con cinco minutos de adelanto. Por las dudas pasea la mirada sobre las mesas, sabiendo de antemano que Gonçalves no está. La mesa de siempre la ocupa una pareja joven. Elige otra junto a la ventana. Mientras esquivo con lentitud las mesas y las sillas alza una mano y el mozo, accionando palancas en la máquina *express*, envuelto en una nube de vapor, levanta las cejas y sonríe un instante.

Gonçalves entra a las seis en punto. Ludueña no puede evitar mirarlo con simpatía. Es un hombrecito perfectamente proporcionado en su pequeñez, con un bigote finísimo sobre la boca delgada y estirada hacia atrás en las puntas, como haciendo una mueca escéptica. A Ludueña le es imposible imaginarlo sin el impecable gabán a cuadros y el portafolios bajo el brazo derecho. Los ojitos de Gonçalves lo enfocan aun antes de entrar, y la mueca escéptica se acentúa un poco, tratando de convertirse en sonrisa, mientras va hacia la mesa con una decisión muy distinta al calmoso balanceo de Ludueña.

Gonçalves se sienta con tres movimientos secos. Saca un par de anteojos del bolsillo, se los coloca y los ojitos se agrandan, aumentando la sensación de nitidez del rostro.

-Lo llamé por un trabajo.

-Bueno, ya vemos -Ludueña hace un gesto al mozo y pide dos cafés y una medialuna. En esos pocos instantes recuerda la extraña urgencia de Gonçalves, el llamado a las dos de la tarde, en plena siesta, la voz delgada de la dueña gritando su nombre desde el patio. Mientras apoya la espalda contra la silla y estira un poco los pies bajo la mesa, hace un rápido cálculo mental.

-Hace unos meses que no me muevo -dice como para sí mismo.

-Y pico -agrega Gonçalves-. Lo último fue lo de Bruguerras en Brasil.

Quedan en silencio, esperando los cafés, mirando la calle, moviendo de vez en cuando la cabeza para alargar la imagen de alguna mujer.

Cuando llega el mozo Ludueña parte la medialuna en varios trozos y hunde dos o tres en el pocillo. Revuelve un poco y los alza con la cucharita. Así como él no puede evitar la simpatía cuando ve a Gonçalves, Gonçalves no puede evitar el disgusto ante lo que una vez llamó la "maldita manía" de Ludueña. Aguarda con un leve temblor del bigote, se saca los anteojos, como si estuviera viendo un

espectáculo indecente, y para disimular se frota los ojos, como si los tuviera cansados. Se vuelve a calzar los anteojos.

-¿Terminó? -pregunta.

Ludueña asiente, revolviendo lo que queda del café. Gonçalves echa dos terrones de azúcar en el suyo y comienza.

-Es un trabajo grande. Dentro de país. Bien pago -se detiene en seco y mira fijamente a Ludueña, moviendo mecánicamente la mano que revuelve el café. Espera.

Ludueña mira hacia la calle.

-¿Cuántos intervienen? -pregunta sin apartar los ojos de la ventana.

-En el trabajo, quince. No sé cuántos en el grupo que paga.

-¿Tiene algo que ver con lo que hice anteriormente?

Gonçalves inmoviliza la mano que revuelve, sin soltar la cucharita, sin sacarla de líquido, que forma un remolino microscópico alrededor.

-El trabajo propiamente dicho sí, el grupo que lo contrata no.

-¿Es nuevo?

-Regular. Unos dos años. Más que nada es distinto.

Vuelven a quedar en silencio. Gonçalves deja la cucharita a un lado y vacía el pocillo con dos sorbos rápidos. Lo deposita sobre el plato y espera.

Ludueña enciende con lentitud un cigarrillo. Hace doce años que trabaja, esporádicamente, con Gonçalves. “El chiquito me conoce los gustos”, piensa, “así que el trabajo no debe ser inaceptable. Pero es la primera vez que lo noto nervioso”. Deja escapar el humo por la nariz. “Debe ser algo nuevo. Aunque parece querer que lo acepte”.

-¿Qué hay que hacer?

Gonçalves parece despertar. Se adelanta un poco, con los ojos enormes tras los cristales.

-Manejar un coche. Rápido, bien y en condiciones difíciles.

Ludueña sonrío. Esperaba otra cosa.

-¿Cómo en Paso de los Libres? -pregunta sonriendo.

-No. Un poco pesado.

Deja de sonreír. Levanta un trocito de medialuna del plato y la mordisquea. Con la otra mano apaga el cigarrillo en el cenicero.

-¿Tengo que decidirme ahora?

-No -dice Gonçalves, aliviado. Abre el portafolios y saca una tarjeta, con una dirección y una fecha anotadas con su letra pulcra y precisa-. La memoriza y la tira.

-De acuerdo -dice Ludueña, y la guarda en el bolsillo del pantalón, junto al fajo de billetes. Luego llama al mozo-. Lo invito a comer -le dice a Gonçalves, que se ha sacado los anteojos, y tiene un aspecto más humano, más cansado.

-No puedo hoy. Tal vez el sábado.

-¿En el Santa Rosa?

-Sí.

-A las doce y media.

-Perfecto.

Gonçalves aparta la silla, toma el portafolios y parte. Abre la puerta y su pequeña estatura desaparece de pronto en la corriente que desfila afuera. Ludueña espera un momento, paga y se da vuelta. Vuelve a balancearse entre las mesas. No han pasado más de quince minutos. Decide regresar caminando.

- II -

Se descuelga del ómnibus tres cuadras antes, por las dudas. Mientras camina por la ancha calle arbolada mira dos o tres veces hacia atrás. No lo siguen. Al menos no ve a nadie sobre la vereda despareja, destruida por las raíces. Sonríe. Ya está trabajando, cuidando algunos detalles. "A lo mejor ya acepté".

Es un bar viejísimo. Los vidrios tienen mugre de años y apenas dejan ver el interior. La puerta se abre chirriando dolorosamente sobre un local angosto y largo. Hay un mostrador con escaño de bronce a la derecha, unas pocas botellas sobre los estantes. El piso de madera está astillado, destrozado en algunos sitios. Hay dos mesitas desparejas y chuecas, y cuatro sillas de distinto tamaño y color. El hombre acodado sobre el mostrador, con una barba de tres días, la calva sucia y los dientes amarillos de nicotina, no se mueve un milímetro. Se limita a medir la camisa de Ludueña, la peinada impecable, el balanceo que lo acerca.



“Abre el portafolios y saca una tarjeta, con una dirección y una fecha anotadas con su letra pulcra y precisa”.

–Vengo de parte de Gonçalves –dice Ludueña con seriedad, sin tratar de ganar su simpatía.

Tarda casi medio minuto en moverse. Murmura “Ah, sí, espere un momento”. Luego arrastra los pies hacia el fondo.

Ludueña distingue ahora un patio con ropa colgada e innumerables macetas con plantas de hojas anchas, suculentas, que filtran la luz en tonos verdosos hasta transformar el aire en una masa semejante a la del bar. Los movimientos lentos del hombre no tardan en desaparecer en esa selva doméstica. Al rato las hojas vuelven a moverse y durante un segundo Ludueña puede ver con claridad a un hombre joven, de piel blanca y espeso bigote, que es tragado por la oscuridad del bar, transformado en silueta por la luz del patio hasta que está a medio metro de él y le tiende la mano.

Lo invita a sentarse en las sillas tambaleantes e incómodas. Le pregunta qué quiere tomar. Ludueña prefiere una caña y aprovecha la pausa para estudiar al muchacho. Aunque tiene puesta una camisa gastada y calza chancletas, de alguna manera desentona aún más que él dentro del bar. “Un refugio pasajero”, piensa, “nada más que para el contacto y este trabajo”. Deja la idea flotando, sin confirmar: es tan posible eso como que haga dos años que el muchacho vive allí.

Los dos beben en silencio. Al fin el muchacho pregunta si Gonçalves le explicó.

–Algunos datos –dice Ludueña, y los cita, como si los tendiera sobre la mesa–. Me gustaría saber exactamente cuál es el trabajo.

El muchacho duda, le mira el rostro delgado, las manos. “Me estudió”, piensa Ludueña. “Es como si estuviéramos jugando a los naipes”.

–Está bien –dice el muchacho, y amplía, sin citar fechas, nombres ni lugares, los datos de Gonçalves. Donde él dijo que tiene que manejar un auto rápido y bien en condiciones difíciles, el muchacho explica las velocidades, el recorrido posible, las exactas condiciones difíciles. Y por último, el precio. Una buena suma, no exagerada: como para vivir un año tranquilo. El muchacho la pronuncia con claridad, explica el pago en tres partes. Se detiene como una rueda, lentamente, y espera.

“El clásico momento clave”, piensa Ludueña. “La aceptación o la negación”.

–¿Cuándo será el primer pago? –pregunta para ganar tiempo.

–Ahora.

–¿En el auto iría solo?

–No. Con un acompañante armado.

-Me gusta trabajar solo -dice Ludueña con pereza. El muchacho se pone imperceptiblemente nervioso.

-No hay elección. Tiene que ir un acompañante.

“Ahora parece que estuviéramos jugando al ping-pong”, piensa Ludueña, satisfecho de la firmeza del muchacho. Y dice la última frase.

-¿Cómo saben que sirvo? ¿Que no voy a fallar?

Es un tiro al aire para saber cuánto saben. La respuesta lo sorprende. El muchacho habla mecánicamente, con voz neutra (una fecha, un nombre, un lugar geográfico, un tipo específico de mercadería). Ludueña ve desfilar todos y cada uno de sus trabajos anteriores. Lo interrumpe dos años antes del trabajo anterior.

-Está bien, está bien.

Quedan otra vez en silencio. Ludueña se estira con el índice y el pulgar en el labio inferior, se rasca con una uña el pelo aplastado y negro. Apoya las manos sobre la mesa y mira al muchacho.

-Acepto.

- III -

El sábado Ludueña se levanta temprano, evita cuidadosamente a la dueña y va a desayunarse al café de la esquina. Mientras revuelve el líquido marrón, pierde la mirada en la calle vacía y piensa en el trabajo.

Deberá seguir con la rutina hasta el miércoles, quieto en la pieza, mirando el limonero del patio, o bajando a este mismo bar, a jugar un casín para matar el tiempo, sobre las mesas de paño verde del fondo, ahora envueltas en sombra. Y el miércoles comenzará lo que el muchacho llama “entrenamiento”. “Entrenamiento a los cuarenta”, piensa, sin sonreír. “En fin”.

Más tarde va hasta el centro. Compra un diario. Elige un banco en una plaza y lee distraído la página de deportes. Deja el diario sobre el banco y sigue.

Llega al Santa Rosa a las doce y treinta y cinco. Desde las mesas surge el bracito de Gonçalves haciéndole señas. Camina entre las sillas, y al fin se sienta ante los anteojos y la mueca del hombrecito.

–Qué tal. Me atreví a pedir un antipasto –saluda señalando un plato con rodajas de fiambre y ensalada rusa.

–Perfecto. Me parece muy bien –dice Ludueña mientras se afloja el pantalón y estira las piernas bajo la mesa. Mastica algunos trozos de jamón y mira la calle.

–Calor –dice.

Siguen así unos minutos, intercambiando informaciones o datos monosilábicos. Luego discuten sin pasión el plato a pedir. Cuando llega, mastican en silencio, haciendo breves comentarios sobre la calidad de la carne o el aceite.

En determinado momento Gonçalves deja los cubiertos en el aire, inmóviles. Vacila, abre los labios, vuelve a cerrarlos. Apoya los cubiertos en el borde del plato, se saca los anteojos, los limpia metódicamente con la servilleta y al fin, con los ojos pequeños mirando la calle, dice:

–Anoche estuve con Marga.

Ludueña aprovecha la escasa visión del hombrecito para sonreír. Desde que se conocen, cada vez que almuerzan o toman un café sin propósitos definidos, Gonçalves habla de alguna mujer. Primero detalla, como ahora lo está haciendo, los distintos movimientos, las distintas palabras, hasta las muecas que integraron el encuentro. Luego se detiene y le pregunta algo a Ludueña sobre la mujer, su opinión general o una elección entre dos opciones. Hace mucho tiempo, y una sola vez, Ludueña le explicó que había conocido pocas mujeres, no más de doce, casi siempre en algún trabajo, siempre de manera fugaz, aunque a veces intensa. Solo una de ellas, en una lejana capital del norte, había permanecido con él durante casi un año. Pero se habían separado. “Cuando uno de los dos tiene ganas de matar al otro, hay que largar”, le había dicho. Pero era como si Gonçalves hubiera borrado esa conversación del recuerdo: no la tenía en cuenta. Se encontraban, contaba su encuentro con una mujer, casi siempre distinta, le pedía consejo a Ludueña, que contestaba generalidades que no venían al caso, y pasaban a otra cosa.

Al fin pidieron los postres, y café. Caminaron hasta la calle, se resguardaron del sol bajo el toldo de un kiosco. Ludueña volvería caminando. El hombrecito daba dos pasos hasta la calle, bajaba el cordón

y trataba de ver el número de su ómnibus entre los destellos y los movimientos de los demás coches.

Cuando al fin lo distingue, a una cuadra y media de distancia, vuelve al reparo del toldo, le tiende la mano a Ludueña y habla.

–El tipo se llama Rodolfo. El miércoles a las ocho pasará a buscarlo a dos cuadras de la pensión, sobre la avenida. Creo que el trabajo termina en veinte días. Nos vemos después. Yo lo llamo.

- IV -

El hombre rubio y alto baja la mano. Ludueña aprieta el acelerador y mueve con rapidez la palanca de cambios. Una mirada por el retrovisor le muestra solo la enorme nube de polvo blanco que levanta el coche. Un vistazo al acelerador. “Cien kilómetros en un minuto. Pasable”, piensa. Se concentra en el poste indicador. Frena treinta metros antes, aumentando la presión del pie a medida que el poste se acerca. Gira alrededor en dos ruedas y vuelve en sentido contrario. Soltó el pedal del freno en la mitad de la curva y ahora aprieta con fuerza el acelerador. No deja de hacerlo cuando esquiva tres señales pintadas sobre el suelo. Llega al punto de partida. El rubio está en cuclillas, bajo la sombra de la casilla. Frena gradualmente, sin permitir que el auto dé sacudones. Detiene el coche en el punto exacto de partida. “Exhibicionismo”, piensa.

Rodolfo se acerca corriendo. Se apoya en la ventanilla y palmea el hombro de Ludueña.

–Casi perfecto –jadea un poco–. Habría que mejorar la acelerada inicial. Cien metros en un minuto. Es el momento clave.

Ludueña le sonrío y hace un gesto al bajar. El muchacho se aparta. Caminan hacia la casilla y entran. Afuera han subido otros dos al coche. Uno es el acompañante de Ludueña. Cuando entran a la oscuridad del cuarto oyen rugir el motor. Rodolfo destapa una botella de agua mineral y sirve dos vasos. Ludueña le agrega limón. Se sientan en dos sillas de paja. Afuera suenan varios disparos. Sintiendo el frío del vidrio húmedo bajo la mano, Ludueña cierra los ojos, imagina los blancos móviles saltando en pedazos, y, dentro del au-

tomóvil, al Uruguayo tratando de concentrarse en las siluetas instantáneas, breves, que debe derribar mientras las cápsulas servidas saltan en el aire, golpean el techo, alguna cae sobre el automóvil. Abre los ojos.

-¿No es demasiado ruido?

-No. Estamos perfectamente aislados.

“Así será”, piensa. Hace una semana que están en ese campo pelado, acelerando sobre la tierra seca y blanca, disparando innumerables balas, arrojándose por un terraplén construido por tablonces y fardos de pasto, cambiando velozmente de un auto en marcha a otro. A Ludueña le dan una pistola negra, pesada, calibre 45. No ha manejado una en su vida. “Prefiero la 38”, dice. “¿Para qué tanto aparato?”. Le explican que hace falta efectividad: la bala tiene que golpear con fuerza. “Una simple fuga”, se dice Ludueña. Le molesta la excesiva precisión del entrenamiento, tan distinta a las mil y una impresiones que habrá luego en el terreno real; le molestan los intentos fallidos de hacer amistad con el grupo. Solo logra entenderse con el futuro acompañante. Es bajo y gordo, de piel tostada, casi totalmente calvo. Recuerda haberlo visto años atrás. Dos o tres segundos en una frontera, haberle dejado caer un paquete en la mano y después separarse. Le quedó grabada la sonrisa, casi idéntica ahora, un poco más gastada. Tiene su misma edad, quizá eso los acerca y los separa del resto. El nombre es difícil de pronunciar. Ludueña lo recuerda y le dice el Uruguayo. Cuando descansan intercambian algunas frases, se saludan hasta el otro día o dicen salud, irónicamente, mientras levantan dos vasos de la obligatoria agua mineral.

-Es como estar en la colimba, Uruguayo.

-Peor. Es como el Ejército de Salvación. Ni una cantina para mandarse un vino.

Rodolfo entra y le dice al Uruguayo que el auto está listo.

-A la orden, mi sargento -bromea cansado, y sale a la luz perezosamente. Rodolfo se sienta. Queda en silencio junto a Ludueña.

Quizá por ser el primer contacto, el muchacho es quien más habla con Ludueña. Pero a la segunda o tercera conversación, algo artificial se interpone entre los dos. Ludueña tarda en definirlo. Al fin cae



en la cuenta de que el muchacho trata de convencerlo para que se una definitivamente al grupo. Un día le pide que hable claro y Rodolfo lo hace.

–No, no, no –dice al fin Ludueña, sonriendo, moviendo la cabeza–. Esto es un trabajo, nada más. Usted necesita un tipo de confianza que maneje un auto sin perder la cabeza y yo necesito el dinero. Siempre me gustó trabajar solo y ahora voy a entrar en un engranaje de quince tipos. Eso es suficiente cohesión. Ocúpese de las dos cuotas que faltan, cuando llegue el momento, y tan amigos.

Dos días más tarde discuten. El muchacho trata de hacerle ver los trabajos anteriores como equivocaciones, “golpes en el vacío”, dice. Le explica que sus habilidades encontrarían un destino más lógico dentro del grupo, dentro de un plan general de acción. Mientras lo oye, ya calmado luego de intentar la discusión, mientras lo ve mover los labios frente a él, Ludueña advierte que el muchacho no se ve a sí mismo como muchacho. “Y está bien”, piensa. Luego vuelve a escucharlo. Se ha irritado, nombra palabras que Ludueña no conoce demasiado –lumpen, mercenario–, pero que adivina insultantes, quizá despreciativas. Alza la mano y levanta la voz.

–Acábela, Rodolfo, no sea pelotudo.

Ahora, días después, el muchacho está en silencio a su lado. Afuera se oyen los disparos del Uruguayo.

–¿Qué le parece ese tipo? –pregunta Rodolfo en voz baja.

–Va a hacer bien lo que tiene que hacer –contesta Ludueña.

Cuatro días antes de la fuga, vuelven a la ciudad. Es de noche. Trepan nuevamente a la caja cerrada del camión y se van ubicando en los bancos. El Uruguayo busca con los ojos a Ludueña, se deja caer a su lado y sonríe. El último es Rodolfo. Pasea la mirada sobre los bancos. “Nos está contando”, sonríe Ludueña. “No vaya a ser que se le quede algún alumno”. Al fin arrancan. Durante media hora siente los barquinazos de un camino de tierra. Luego la marcha suave y pareja del pavimento. “Una ruta”. Al fin, gradualmente, los sonidos de la ciudad rodeándolos. Baján de a uno. Cuando le toca al Uruguayo le da un golpecito en el hombro a Ludueña.

–Hasta el viernes, compañero. A ver cómo maneja.

Ludueña es el último. “Un tipo del centro”, piensa. Cuando Rodolfo le hace la seña se levanta maquinalmente. Se detiene junto al muchacho.

–La segunda cuota.

–El jueves. A las nueve y media, en el Odeón.

Dos cuadras más allá abre la puerta y baja. Está a cuatro cuadras de la pensión. Con lentitud comienza a andar. Compra un atado de negros en el kiosco. Enciende uno. Siente el peso y el contacto frío de la 45 metida en la cintura, atrás. Se siente de pronto molesto, ridículo.

- V -

Los tres días de espera le resultan vacíos y, por eso mismo, inquietantes. Juega interminables partidas de casín en el bar de la esquina. Extraña la figura pequeña y nítida de Gonçalves, sus anécdotas sexuales. Para distraerse imagina el lugar donde practicaron, los autos inmóviles cubriéndose de tierra blanca, el polvo entrando en la pequeña casilla y ensuciando la botella de agua mineral y el vaso, cubriendo el resto de líquido con una delgada película de grumitos negros. Trata de adivinar en cuál de las tres cárceles se hará la fuga, y las posibilidades de acción de cada una. Recuerda la conversación con Rodolfo. Lamenta haberlo insultado, aunque fuera para cortarlo. “Usted puede tener razón, pero ya estoy viejo, podría haberle dicho”, piensa. Inventa otras fórmulas, todas más suaves y comprensivas que el insulto. Imagina con claridad la pesada 45 descansando en el fondo de un cajón de la cómoda. Y él mismo descansa.

A las nueve se sienta, sacude un poco la cabeza y alcanza la camisa de sobre la silla. Antes de bajar a lavarse se apoya un momento en el borde de la ventana y contempla la forma borrosa del árbol en el patio, con los limones manchando apenas de amarillo la forma oscura. Cierra la hoja de madera y tantea hasta la puerta.

En el Odeón Rodolfo le pasa el sobre con la segunda cuota por encima de la mesita. Están rodeados de gente, encajonados sobre espaldas y mozos que tratan de vadear las sillas y las mesas con bandejas oscilantes. Le dice también en qué cárcel será. Ludueña imagina rápidamente una salida, que incluye dos cuadras a contra-

mano por una calle angosta, con seguridad sin tráfico a esa hora, y una picada fuerte por la avenida, también cómoda al amanecer, salvo imprevistos. Rodolfo, sonriendo, como si estuviera contando una película o una anécdota, le marca con frases cortas el lugar del parque donde harán el trasbordo, la esquina final donde un 600 esperará a Ludueña y al Uruguayo para que abandonen el Ford y puedan perderse. Es en un barrio lejano, lleno de tierra. Después de las instrucciones Ludueña apoya la espalda en la silla, tranquilo, y le dice que está todo claro. Rodolfo le pide que lo repita. Lo hace con calma, y pregunta si alguien recorrió la zona durante el día.

–Sí, todo en orden, y volveremos a recorrerla esta noche.

Ya no hablan. Ludueña aprovecha para contemplar a la gente de las mesas cercanas, las muchachas de larga cabellera y perfiles suaves moviéndose hacia atrás y adelante, sacándose el pelo de la cara, mascando, moviendo los labios para beber o asombrarse de algo, riendo y mostrando los dientes. Viene poco al Odeón. Cayó de casualidad cuando llegó a la ciudad, hace tantos años, con la valija de cartón y el viejo traje del padre. Recuerda con precisión, para siempre, cómo el precio de un sándwich y una gaseosa lo había dejado rígido, casi mudo, incrédulo. Quizá le había quedado esa primera impresión. O le molestaba el ruido excesivo, el movimiento sin fin de jóvenes levantándose y sentándose en las mesas. No puede imaginar a Gonçalves en ese ambiente. “Gonçalves”, piensa. “Qué será de su vida”. Rodolfo busca con la mirada al mozo. Ludueña le dice que deje, que corre por su cuenta. El muchacho sonrío.

–Me voy entonces –hace una pausa breve–. La tercera cuota mañana, a la noche, después del trabajo. Acá, en esta mesa. Con eso terminamos.

–¿Y si está ocupada? –pregunta Ludueña por puro gusto.

–En otra –contesta el muchacho. Y se aparta, abre la puerta encristalada, desaparece.

- VI -

“Aflojarse”, se dice, y relaja los músculos de la espalda y las manos aferradas al volante. En la luz incierta del amanecer espía al Uruguayo,

sentado y fumando en el asiento trasero, con la derecha floja colgando entre las piernas. Se pregunta si estará más tranquilo que él o si su postura es su forma de estar nervioso. Mueve la muñeca y mira el reloj. “Increíble, no pasaron dos minutos”. Mira otra vez hacia adelante, la callecita vacía. Solo puede ver un ángulo diminuto de la cárcel, sombría y almenada, pintada de amarillo, a dos cuadras de distancia.

El reloj otra vez. “Tres minutos y medio”. Se pregunta si Rodolfo será uno de los quince del trabajo. Decide que no. En ese momento, tras el ángulo de la esquina, oye pasos corriendo, acercándose. Le alegra empezar; se pone tenso y ve que el Uruguayo también: ha bajado la manija de la puerta y la mantiene entreabierta, lista. El tipo, vestido con una especie de pijama gris, desemboca en la esquina patinando, ve el coche y se abalanza sobre la puerta equivocada. Sin perder un segundo el Uruguayo cruza y la abre. Ludueña pone en marcha el motor, sin respirar. Hasta ese momento los movimientos histéricos de los tres parecen ridículos en la tranquilidad de la calle. Entonces comienza a sonar una sirena cada vez más intensa, que los alcanza y los justifica. El tipo se tira por la puerta y Ludueña pone la primera y pica, sin esperar que la cierre. Lo hace el Uruguayo, que sostiene en la mano su 45. La de Ludueña descansa en su guantera abierta, cerca de la mano derecha, que gira el volante sin fuerza para tomar por la calle sin tráfico, las dos cuadras en contramano. Esquiva por milímetros un camión verde, cargado de verduras, estacionado sobre la izquierda, y acelera. Cuando faltan cincuenta metros hasta la avenida aminora la marcha. No quiere llamar demasiado la atención, desembocar como un loco frente a testigos. Está tan concentrado que prácticamente no oye la sirena. Las dos paredes que encajonan la calle se abren de pronto al espacio amplio de la avenida. Aún no han apagado las luces de mercurio y las dos bandas de cemento liso y gris parecen irreales. Casi no hay coches y una rápida mirada le confirma que tampoco gente en las veredas, algún trasnochador perdido que lo haya visto salir de contramano y memorice el coche. Ahora conduce con calma, como quien quiere llegar pronto, no huir o matarse. Ve el semáforo en rojo y apenas disminu-



ye la velocidad. Llega cuando pasa al verde, toma a la izquierda y se sumerge en las calles curvas y verdes del parque.

Por curiosidad observa al tipo por el retrovisor. Ya se ha cambiado el pantalón y la camisa. El Uruguayo lo ayuda a ponerse el saco, le acomoda el cuello con la mano izquierda, siempre con la 45 en la derecha. “Es una madre”, piensa Ludueña divertido. Al fin el tipo se deja caer de espaldas y en voz baja pregunta si tiene cigarrillos. El Uruguayo le prende uno, Ludueña vuelve a concentrarse en el camino. Es como si despertara. Oye la lejana sirena. Luego el sonido se acerca. Instintivamente aprieta el acelerador. Trata de ver por los árboles que los rodean por los cuatro costados, de ubicar el sonido en medio de las curvas grises.

–Por la avenida –confirma el Uruguayo en el mismo instante en el que él lo piensa.

Los dos tratan de distinguir algo entre los árboles que los separan de la avenida, cada vez más lejana a medida que el camino se aparta, hundiéndose en el parque, hacia el bulevar. Alcanzan a ver, justo antes de que la masa del estadio se interponga definitivamente, cuatro o cinco *jeeps* con luces rojas titilando sobre el techo, denunciándolos.

Corren en silencio hacia el bulevar, esperando, oyendo el zumbar monótono del motor y las ruedas. Cuando penetran en él, los tres se vuelven instintivamente a la izquierda. El bulevar, amplio, tranquilo, gris, está vacío, salvo dos o tres coches. Ríen a un mismo tiempo, intercambian frases jocosas, imaginan por qué remoto lugar andarán ahora los *jeeps*, con las luces rojas en el techo titilando.

- VII -

Camina tranquilo, despreocupado. A su lado pasan mujeres cargadas con paquetes, hombres apurados. Sonríe. Es como si tuviera todo el tiempo del mundo. Unas horas antes cruzaba el parque a toda velocidad, se detenía para que el tipo saltara a un Citroën chico, conducía tranquilo hasta una pésima calle de las afueras, se bajaba con el Uruguayo y subían a un 600, cruzaban la ciudad en un sentido inverso y bajaban en una esquina, limpios, sin las armas. Se daban la mano y prometían verse en poco tiempo.

Ahora hace tiempo viendo vidrieras, leyendo el diario en una plaza. Llega al Odeón a las nueve y cuarto.

Está repleto. Curiosamente, en el momento en que abre la puerta, se desocupa la mesa del día anterior. Antes de sentarse mira las otras, pero no ve a Rodolfo. Le extraña un poco: llegó quince minutos tarde para estar seguro de encontrarlo, cobrar y alejarse. Tarda en ubicar a un mozo y cuando este se acerca, lo hace jadeante, con la cara roja, sacudiendo la bandeja, como si estuviera corriendo una maratón.

-Un café y una medialuna -pide.

-Medialuna no hay -grita el mozo, y comienza a alejarse.

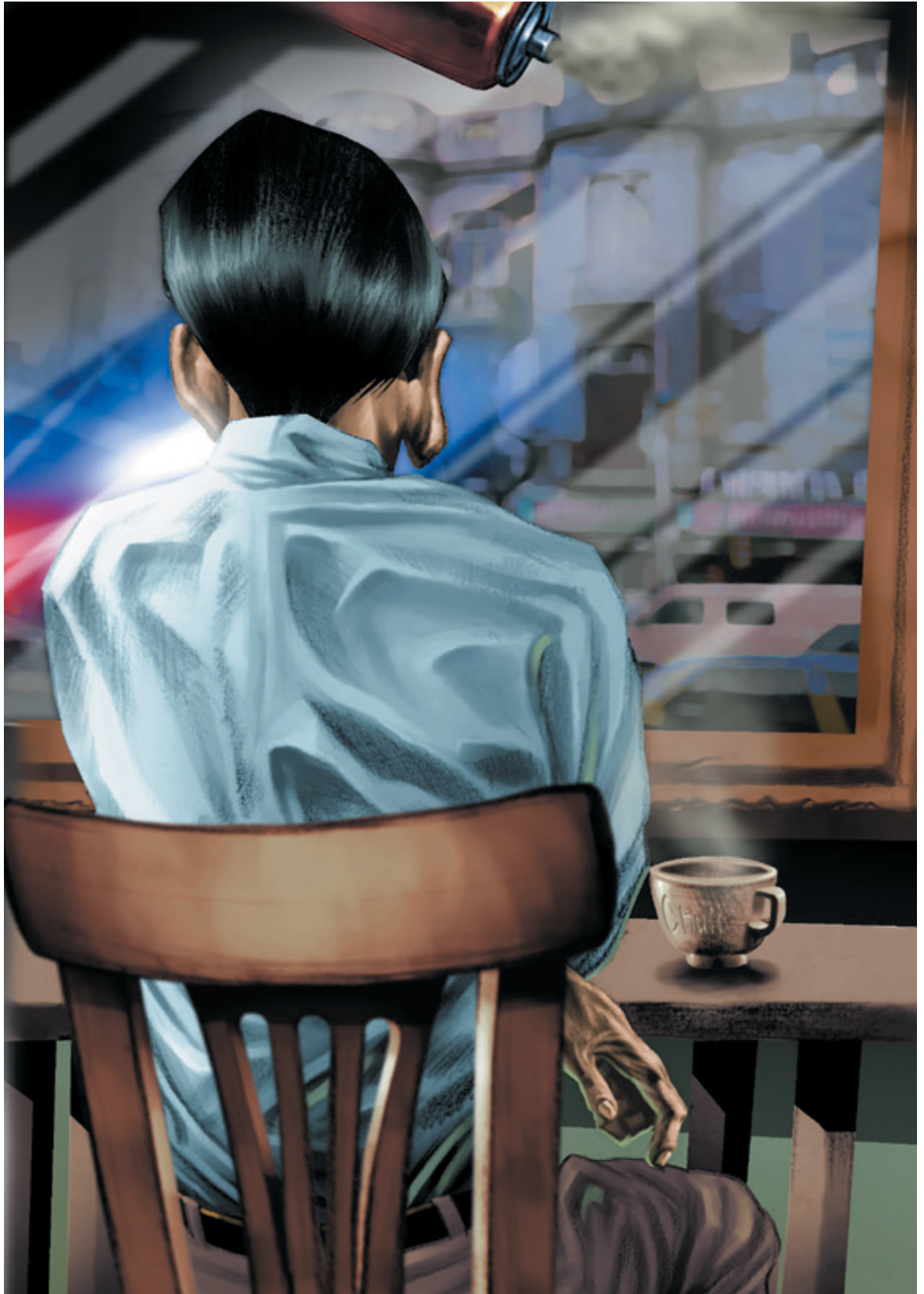
-El café solo entonces -dice Ludueña en voz alta, para alcanzarlo.

Tarda en advertir que no pasan coches ni gente en la calle. Hace veinte minutos que está sentado en la mesa. Vuelve a concentrarse en el pocillo, trata de imaginar alguna salida en medio del ruido. “Si saben que veníamos, también nos deben saber las caras”. Imagina a Rodolfo llegando a unas cuerdas del bar, viendo de lejos los jeeps que cortan el tráfico, retrocediendo y perdiéndose en la noche. Levanta la cabeza y mira a través de los enormes ventanales, que dan a la calle como una doble pantalla panorámica. Como si faltara alguna confirmación, un muchacho entra visiblemente nervioso, ubica una cara en la multitud y empuja para acercarse, aparta con violencia algunas sillas y al fin se inclina y dice algo. Todos los de la mesa (cuatro o cinco, Ludueña no tiene ganas de contarlos) se levantan y el último llama al mozo agitando una mano con billetes.

La entrada del muchacho, la partida de los otros, las palabras que el último reparte en otras dos mesas son como una onda expansiva. El bar es ganado por una actividad aún más intensa y ruidosa que momentos antes.

Ludueña sabe que ahora es el momento con más posibilidades a su favor, pero son ínfimas, y casi no justifican la fuga. Imagina el

“-El café solo entonces -dice Ludueña en voz alta, para alcanzarlo”.



tiroteo afuera, posibles heridos, la casi seguridad de ser herido o muerto él mismo.

Tiene el viejo 38 en una funda, sobre el pecho, a la izquierda. No sabe por qué en el par de horas que pasó en la pensión lo sacó del cajón de la cómoda, lo aceitó un poco, lo cargó. “Quizá para posar de pistolero”, sonrío con una mueca. “Fue un error”.

Un matrimonio de cierta edad, sentado en un rincón, resistiendo ante dos capuchinos y un plato de dos medialunas, observa con ojos asombrados la deserción masiva.

Está a punto de pensar en cómo pudieron saber que vendrían a encontrarse en el bar, pero se detiene. Prefiere concentrarse en el presente, en la forma de escapar.

No hay ninguna. Las cadenas de ideas, la reconstrucción mental en el interior y el exterior del bar, terminan siempre en un vacío gris, o en una posibilidad humorística, irrealizable. “Dejo caer el revólver, lo tapo un poco con los papeles sucios que hay bajo la mesa, me levanto, un mozo me lo alcanza, le digo que no es mío, salgo y me pierdo entre la muchedumbre”, imagina viendo las veredas vacías detrás de los ventanales. Un desprevenido llega a la mitad del vidrio y se detiene, hace gestos, asiente, retrocede y desaparece. “Le están haciendo señas desde la esquina”, reconoce Ludueña.

El matrimonio maduro se pone de pie. El hombre ayuda a la mujer a colocarse el tapado, le alcanza la cartera, llama al único mozo, que se acerca veloz, cobra y desaparece por la puerta del baño, como todos los anteriores. Ludueña los imagina en la cocina, sentados en el suelo, junto a los hornos, esperando. Está solo. Trata de ver el bar desde afuera: “Una caja amarilla, rodeada de oscuridad y calles, con un solo parroquiano ante un pocillo de café frío”.

No pensó en entregarse ni en el primer momento. Ya es suficiente haber venido al bar en la noche, y recoger el 38 al salir, para complicar las cosas. “Seis balas y ningún cargador de repuesto”.

Había imaginado esta situación mil veces, mirando el techo de la pieza. Él, solo, en un sitio cerrado y expuesto, rodeado de innumerales policías. Pero en su imaginación era una escena de colores brillantes, móvil, donde el enemigo atacaba y él se arrojaba en el

aire desenfundando la pistola, y comenzaba a ver cómo caían cuerpos a unos metros y cómo las balas clavaban contra la pared heroicamente, en una rapsodia de sangre, calor y sonido.

“Con música de ópera”, piensa, rodeado ahora de esos innumerables policías, pero en una situación silenciosa, frustrada, inmóvil.

Sabe que falta poco. Quiere detener los pensamientos desordenados y una última corriente, una especie de despedida, lo inunda: la cara de una mujer que conoció hace mucho en el norte, Gonçalves sonriendo escépticamente, la silueta de Rodolfo recibiendo de pronto la luz del sol en la cabañita del campo, y la sensación cálida, segura, de la mano del Uruguayo despidiéndose.

Por fin ve nada más que las mesas vacías, imagina la forma en que rodean la manzana, recuerda la disposición del baño de caballeros, en un patio apartadísimo, casi un tubo.

“Si fuera ellos empezaría con gases lacrimógenos”.

Saca un pañuelo del bolsillo del pantalón.

Ubica un corredor libre entre las tres mesas hasta el mostrador.

Se arrojará allí, se atará el pañuelo sobre la nariz y la boca, tratará de arrastrarse hasta el baño y trepar por las paredes del patio microscópico, hasta los techos. La manzana está rodeada y lo van a alcanzar de cualquier modo: quizá contra el mostrador, quizá en el salto, quizá en la mesa, antes de saltar, o a mitad del ascenso en el patio.

Cuando la granada describe un arco perfecto y entra por la puerta abierta, echando gas por los cuatro costados, deja de pensar y salta. ♦



CON TINTA SANGRE

JUAN SASTURAIN



CON TINTA SANGRE

“...la escribiré con sangre, / con tinta sangre / del corazón”.

JULIO JARAMILLO, “NUESTRO JURAMENTO”

En tu recuerdo es más fuerte o cercano el sonido del mar, el Caribe se mueve en la oscuridad, es algo vivo, un gran animal echado que murmura y se agita en sueños más allá del malecón o a los pies de la terraza del club donde ella dice:

- Piensa que es el mismo mar, chico. En Nueva Orleans o aquí...
- No es lo mismo -porfías-. Eso pasa solamente en los mapas.
- No entiendo los mapas.
- Son unas cosas grandes celestes con algunas excepciones...

En el recuerdo, ella ríe y brillan su dientes en la penumbra. No hay tantas luces como ahora, Santa Bárbara está más oscura y vacía en la memoria, hay rachas de olores violentos a pantano, las estrellas son bajas, el espacio abierto derrama las voces y la música se deja llevar de un lado a otro de la isla.

En tu recuerdo los uniformes blanquean a lo largo de la ruta costanera todavía pedregullo. Te escapabas de la base, se escapaban agitados de a dos, de a tres cada noche, con un puñado de dólares para la complicidad de la guardia y un poco más. Y cuando recuerdas todo está más lejos. Este camino que se escurre fácil bajo las ruedas y te deja pensar era más largo: casi cinco kilómetros andando bajo la luna entre risotadas y empujones por el malecón hasta el Guayaba Club, la penúltima luz de la costa antes del faro de Santa Bárbara, el resplandor rojo contra la noche tropical.

En el recuerdo está también más fresca la noche, las noches sucesivas que evocas como una sola. Por la ventanilla del automóvil sientes la misma antigua brisa que erizaba de excitación tu nuca húmeda y de soldado mientras estacionas en el raleado cercado de palmeras y hay demasiado lugar para un viernes, aunque ha de ser temprano. Los horarios de Santa Bárbara han cambiado en tantos años. Los tuyos también, y no solo eso.

Pisas la grava, la reconoces. Deberías escuchar una música que antes sentías brotar del edificio blanco pintado a la cal entre los árboles, como una respiración, el latido unánime de una esponja, pero no oyes nada aún. Te detienes un momento ante el resplandor opaco del neón que pone Guayaba en rojo, parpadea Club en amarillo. Un cartel ofrece atracciones desconocidas, apellidos en tres o cuatro idiomas, exagera como antes. Pero estas mentiras te interesan mucho menos.

-Buenos días, mi sargento... -saludas ritualmente.

El colorido portero que no ha terminado aún de abrocharse la librea es joven y otro:

-Buenas noches, señor -te corrige formal, sin sonreír.

No tiene por qué saber que el saludo era la contraseña trivial para hacer la noche más joven, la fiesta interminable.

Entras al club como a una iglesia. La mujer gorda, vieja y demasiado pintada que recoge tu impermeable en el guardarropas apenas si levanta los párpados. Te entrega una ficha nacarada que reconoces y por el número bajo y gastado sabes que eres de los primeros clientes de la noche. Adentro, nada que no sea olvidable ha cambiado pero la sala semivacía te resulta pequeña. Acaso porque aún no está todo preparado para recibir a los habitantes de la noche. Pero el olor es igual. Tal vez alguna de las sillas que esperan todavía invertidas sobre las mesas más lejanas tenga las patas flojas y acaso en el pequeño escenario donde alguien se prodiga con cables y micrófono haya menos espacio, saturado como está por una batería de demasiados parches y parlantes grandes como armarios. Piensas que el sonido de todo eso debe ser muy fuerte ahora, diferente de aquella intimidad, aquel susurro:

Acércate más / y más y más... / Pero mucho más...

Pero era solo la voz, y luego entraba ella. Almita. El spot la buscaba, vacilaba hasta quedarse allí, junto al cortinado. Ella apenas movía el extremo de la gruesa tela carmesí y se deslizaba como por un suave tobogán hecho con su propia voz hasta quedar en el centro de la luz, diciendo, prometiendo rencor, esperando ternura en letras de bolero. Almita Velásquez no cantaba: las palabras se caían apenas de su boca, se derramaban mentón y cuello abajo, le acariciaban chorreando el cuerpo nuevo y sabio que se hamacaba solo lo necesario.

En tu recuerdo ella casi balbucea, y el ritmo que la sostiene vibra en un escobilleo lento sobre el parche más tenso, como si alguien acariciara un gato electrizado a contrapelo, gotea despacio y espaciado en las tumbadoras y fluye en esa maraca rumorosa que Almita acuna contra su pecho mientras hace susurrar la semillitas rojas y verdes que imaginas en su interior, la limadura de vidrio. Y recuerdas, y la piel se te afloja, sientes que te queda holgada, como si fuera papel húmedo que se va secando al sol de su voz:

Y bésame así, / así, así... / como besas tú...

Y allí, como si caminaran sobre el teclado en puntas de dedos, entraban los acordes bajos, separados como suspiros, que ponía Johnny Spinoza para que ella respirase, todos respiraran...

-Caballero...

Te han sacado del recuerdo con voz profunda, inolvidable. Te das cuenta y es él. No ha cambiado demasiado. Los mulatos envejecen raro, y los gordos. El Milpalmeras ocupa más lugar que antes tras la barra. Está ahí, el busto de un emperador romano menor en un pasillo del Louvre, y te mira como si tuvieras la cara un poco más adelante: sus ojos no te tocan, no llegan. Es la vieja mirada de barman, rasgo de oficio.

-No hay nadie -dices casi sin pensar.

-Es temprano -interpreta él y se ocupa clásicamente de limpiar cosas limpias, te da la espalda un momento.

-Es muy tarde -murmuras. Pero no te ha oído. Te encaramas en el último taburete, lejos de él y de la caja, y lo miras deslizarse por el



“Ha cambiado la vieja camisa estampada que le dio el apodo por un esmoquin morado que hace años no puede abotonar”.

estrecho espacio entre la barra y la fila de botellas como una trinchera, como un estuche que le queda cada vez más justo. Es una gran bola de *bowling*, negra, blanda y sin agujeros, que se mueve lenta por la corredera. Se acerca, ya viene. Ha cambiado la vieja camisa estampada que le dio el apodo por un esmoquin morado que hace años no puede abotonar.

-Caballero -recomienza.

-Whisky doble, Milpalmeras.

-Bien.

Ni un gesto, nada que indique que te ha reconocido. Mientras descorcha el Old Black te miras en el espejo entre botellas semillenas. El bigote espeso y oscuro, el cabello ralo y largo, los gruesos y apresurados anteojos te han convertido en otro hombre. Te sirve una medida generosa; acierta y no pone hielo.

-¿Cómo anda todo? -dices casualmente, como si ayer no fuera hace veinte años.

-Bien, y tú, cómo -no sabe quién eres, pero te tutea.

-Mal, pero acostumbrado.

-Eso está muy bien -dice. No sonrío, y crees recordar que sonreía. Crees recordar. Pero él no quiere.

-No me conoces, Milpalmeras... -Y te expones como a la luz cenital un pez de acuario. Notas cierto brillo contenido en sus ojos pero él agita la cabeza, asegura que no y no.

-Piensa, en el sesenta, cuando levantaron la base americana... -dices. Buscas bajo el vidrio de la barra entre las fotografías que registran la desordenada historia del Guayaba Club. Hay una mesa ruidosa de soldados, mujeres y botellas. Son demasiados.

-Soy uno de estos, seguro...

-¿Tú estás aquí, chico?

-Ahá... -y te empinas el *whisky* con decisión impostada-. Solíamos venir con los compañeros todas las noches, cuando cantaba Almita Velásquez.

Y se la señalas como a un niño en el retrato coloreado donde muestra antiguas piernas junto a galanes cantores de bigotito recortado y combos con blusa floreada de mangas anchas.

-Almita, claro... -asiente Milpalmeras y desvía la mirada hacia el escenario a tus espaldas-: Esa chica también es buena, sabes... -dice.

Ni siquiera te vuelves, la miras por el espejo. Ante dos o tres mesas ocupadas, una rubia muy joven comienza a decir *The Man I Love* con los hombros desnudos y las manos perdidas en el piano. La escuchas hasta que llega al estribillo, frasea prolijo.

-No como Almita -dices y adelantas el vaso.
-Claro.
Te sirve y te deja la botella cerca, a mano. La barra está vacía.
-¿Cómo te llamas tú? -Se atreve.
Lo miras a los ojos:
-Carter... Bill Carter.
Asiente pero no te recuerda. Demuestras vocación de ser preciso:
-Yo era amigo de Bradley, de Bradley Ortiz...
-Bradley... -Se ilumina apenas, por primera vez-. De él sí me acuerdo, chico... ¿Qué ha sido de él? ¿Lo ves tú?
-Lo veo, a veces.
-Érais varios de Nueva Orleans, creo recordar...
-Sí.
Te empinas el *whisky* otra vez y no llegas al fondo; pero llegarás. Se hace un silencio breve luego del último acorde del piano y la rubia se dobla en una reverencia exclusiva para juntar del suelo los pocos aplausos que le han tirado. Desvías la mirada en el espejo y te encuentras otra vez con las piernas de Almita.
-Bradley estaba enamorado de ella, Milpalmeras.
El mulato va de las piernas de Almita a tus palabras, a lo que recuerda o no de Bradley y menea la cabeza: no te cree.
Por primera vez le ha cambiado la mirada y ya no mira delante de ti sino más atrás, dos centímetros detrás de tus cejas, exactamente:
-Bradley era un pendejo, chico... -sentencia-. Tuvo su momento, pero Almita le quedaba grande. Grande de vida, de edad. Era demasiada mujer. Y no para él.
-Tampoco para Johnny Spinoza.
-Tampoco -confirma y se arrepiente de inmediato-. No era para nadie, entonces... Tal vez no era para nadie.
En la pausa que se produce sientes que cada uno vuelve secreta y vertiginosamente al pasado, y no a cualquier momento sino a uno en particular que no es necesario nombrar.
-Esa noche... -dices, sin embargo.
-¿Estabas tú? -te interrumpe.
-Estaba con Bradley pero me fui enseguida porque había que ma-
drugar; nos embarcábamos muy temprano para Maracaibo. Él había

jurado que no se iría sin ella, Milpalmeras... –tratas de convencerlo con golpecitos de tu vaso otra vez vacío contra el vidrio-. Bradley estaba dispuesto a todo... Sentía que el viejo Johnny Spinoza no podía ser un obstáculo entre los dos... Ella había prometido que...

Algo, leve y duro a la vez, cruza como un pájaro, la sombra de un pájaro ante los ojos del mulato:

–Johnny no era un obstáculo, chico... Ella era su mujer y él era mi amigo, casi mi padre. Un “obstáculo”, dices... –y la palabra se dibuja en los labios del Milpalmeras como si la amasara para hacer un globo con ella-. Él me trajo aquí de lavacopas cuando yo era una mierdita, sabes... Y mírame ahora.

La gruesa mano del barman te cae sobre el hombro con el peso de una confesión. Está hablando de algo de lo que no suele hablar y le interesa que lo sepas.

–Mírame ahora –te invita otra vez.

Lo ves. Estás a punto de preguntarle cómo y por qué ha pasado de la camisa al esmoquin pero no te dejará:

–¿Sabes que murió en mis brazos el muy cabrón de Johnny?

Claro que lo sabes:

–Me lo ha contado Bradley, muchas veces...

Al decirlo sientes que estás por tocar fondo, que en realidad has venido por eso y para eso al Guayaba Club después de tanto tiempo.

Insistes en los detalles:

–¿Cómo fue en realidad, Milpalmeras? ¿Dónde estaban sentados esa última noche? –Y giras tu cuerpo y tu mirada por todo el salón, como buscándolos en el lugar y en el tiempo.

Él mueve los ojos, apenas esboza una dirección con el mentón, pero te indica sin dudas el último reservado, casi al fondo, junto a los lavabos.

Te levantas del taburete. Pareciera que una curiosidad casi morbosa te lleva hasta allí. Todo ese sector del salón está vacío. El cuero del tapizado es viejo y la mesa tiene muescas que la mugre y el tiempo han equívocamente prestigiado. Cuando te das cuenta, el Milpalmeras ya está a tu lado, ha abandonado la barra para acompañarte y señala el suelo junto a tu pie, a un costado del asiento:

-Mira, Carter: ahí están todavía las manchas -y te muestra los borrones oscuros, sombras en la madera.

-Sangre...

-Tinta.

No te dará tiempo a la objeción.

-Tinta, chico... -reitera Milpalmeras-. Eso era lo que Johnny quería decir o al menos dijo aquella noche.

El mulato regresa caminando hacia la barra agitando la cabeza y no sabes si sonríe, llora o simplemente se balancea como un oso escéptico o memorioso.

Cuando te vuelves a acordar tienes otro doble servido y el Milpalmeras empina su propio vaso:

-Johnny tenía su propia imaginación... Sabía qué inventar.

-No es muy imaginativo morir.

-Tenía imaginación, chico, la tenía... -te explica casi paternal-. Para retener a una mujer como esa Johnny tuvo que pelear con ingenio; él sabía cómo y supo ganársela.

-Hasta que la perdió.

No te oye, está más atento a su cuidadoso recuerdo:

-Piensa que Johnny Spinoza tenía sesenta años cuando encontró a Almita, y ya había sido famoso, sabes. Ella no se levantaba así del suelo cuando él ya tocaba con Cugat o grababa con Manzanero al principio de todo, te digo... Johnny era un artista, Carter. Este club se lo montó con el dinero que cobró de los gringos de la CBS; más de cien boleros compuso Johnny, oye... Lucho Gatica, Prieto, Los Panchos, Javier Solís, todos le grababan. Hoy ya no se escucha casi, con la moda de la salsa y todo eso... Pero ganó mucho dinero, chico. Claro que nada alcanzaba para ella en aquella época...

Te parece descubrir algo nuevo en la voz del Milpalmeras; pero es apenas un quiebre, una astilladura en el sólido cristal:

-Bradley creyó, esa noche, que ella quería o podía irse con él... -dices como si temieras apagar una vela al hablar.

-Ella... Almita estaba muy pasada de todo... -Y el barman carga una ilusoria, generosa raya de cocaína en el dorso de la mano, esnifa y parpadea-. No le alcanzaba el dinero de él y necesitaba otras fuentes,



otros hombres de recursos, chico... Todos estaban locos por ella y Johnny lo sabía.

Asientes, casi insensiblemente asientes. Es como el reconocimiento de una verdad que no sospechabas tan importante o tuya. Pero el mulato ahora ha cambiado de tono y vuelve a zonas más blandas:

-Johnny tenía imaginación, chico... Cada vez que ella lo chantajeaba con dejarlo, usaba la imaginación. Y yo lo he visto todo aquí. Una vez, cuando compuso el bolero "Lágrimas de hielo", ella lo había abandonado o estaba por dejarlo por un galán de la televisión portorriqueña. Y verás lo que hizo Johnny, Carter...

El Milpalmeras monta la escena con dos gestos, diluye el tiempo para ti, lo hace presente.

-Una tarde Johnny trae la partitura con la letra del bolero nuevo y va al piano, la invita a sentarse con él, le sirve un *whisky* doble como el suyo, le pone dos cubitos y empieza a jugar con los acordes, así...

-Y los dedos del mulato van y vienen por el borde de la barra-. Canta la primera parte con esa voz cascada y suya, y mientras ella está bebiendo le dice: "¿Sientes un sabor salado? Son mis lágrimas, nena. Las he derramado y conservado para ti, ingrata". Terminó el bolero y ella se quedó dos años más...

Milpalmeras se emociona y tú sientes el *whisky* curiosamente amargo o salado quién sabe por qué lágrimas.

-Y cuando se iba a ir con el petrolero le hizo otra canción -insiste el barman-. Se llamaba "Deberías dejarte los guantes" y para la noche de estreno le trajo, de una subasta en Hollywood, los guantes que usaba Rita Hayworth en la película aquella con Glenn Ford... Bah, no sé si serían los verdaderos pero el petrolero se volvió solo a Dallas.

-Y Bradley se volvió solo a Nueva Orleans... -le insinúa trayéndolo a la noche que te interesa. Es como si estuvieras amaestrando a un lobo, a una serpiente distraída que no acostumbra hacer lo que esperan de ella.

**“¿Sientes un sabor salado? Son mis lágrimas, nena.
Las he derramado y conservado para ti, ingrata”.**



-Tu amigo no aceptó las reglas, chico... -Y lo del mulato no es una opinión, sino un diagnóstico-. Por una mujer como Almita había que pagar caro, estar dispuesto a perder algo, sabes... Y ella lo puso a prueba.

-Lo sé -dices; en realidad lo sabes-. Una semana antes de esa noche le pidió la medalla que el chico llevaba al cuello para hacerse un pendiente de oro...

Te arrepientes de haber usado la palabra "chico", pero ante la mirada entrecerrada del Milpalmeras sigues adelante:

-Bradley estaba muy turbado, ella lo llevaba a terrenos desconocidos; era un muchacho y no concebía la idea del amor como si fuera echarse el pulso...

Descubres en la expresión del Milpalmeras que no entiende.

-Un pulso, una pulseada... -repites y le arrebatas la mano, apoyas su codo y el tuyo sobre la barra y haces fuerza por doblegar ese trozo de hierro que se oculta bajo la manga del esmoquin.

-Un pulso -parece admitir el mulato.

-Para Bradley el amor no era un forcejeo, una cuestión de fuerzas. Para Almita, sí. Pedirle esa medalla era una prueba de amor, decía. Y él dudó.

Lo explicas y es como si la duda de hace veinte años estuviera allí, servida en la barra para beberla como una cicuta:

-Bradley le dijo que le pidiera cualquier cosa pero que esa era una medalla de su madre... Tú sabes. Los soldados tienen algo con la madre que nunca... Pero ella se burló. Y sabes qué hizo, Milpalmeras... -Y haces la pausa para darle espacio a la atrocidad, la desmesura-. Le dijo que si él era incapaz de entregar una sucia medalla por ella había quien era capaz de arrancarse los dientes de oro por complacerla...

El barman te mira, entrecierra los ojos, toma distancia de ti, se apoya en un puño:

-¿A qué viene todo esto, Carter? ¿Qué quieres saber?

-Cuéntame esa noche, Milpalmeras... Siempre me he ido demasiado temprano a dormir y me pierdo las mejores historias, suelo enterarme tarde y mal al día siguiente.

Te observa sabiendo que estás atento a sus palabras, y hablará con la certeza de que lo miras hablar:

-Fue muy raro lo que pasó esa noche, chico... -dice e insiste en fregar ensimismado esa barra vacía e impecable-. Johnny estaba improvisando en el piano cuando la vio llegar, tan temprano y con el pendiente que brillaba como un desafío contra el pelo negro. Y pensó que esa vez la perdía...

-El pendiente...

-Así, pequeñito... -indica el Milpalmeras como si graduara la medida escasa de un valioso licor-. Johnny sabía lo que eso significaba y entonces se jugó todo, apostó una vez más a su imaginación... Y decidió buscar al hombre, bah...

-A Bradley.

-Eso: a Bradley... Johnny sabía quién era ese soldadito pero no le habló cuando lo vio en la barra junto a los demás... -Y el barman te incluye en su relato-. Tú estabas, Carter, según me dices...

Asientes:

-Y te recuerdo particularmente, en serio, Milpalmeras. Me quedé un rato; Bradley estaba aún aquí, algo borracho, cuando me fui a dormir.

El mulato extiende el brazo y traza un arco, un itinerario en el espacio y el tiempo:

-Fue después, cuando ella empezó a cantar, que Bradley siguió bebiendo en el reservado que ya sabes, donde siempre la esperaba...

-El brazo se detiene como una flecha indicadora en la dirección correcta-. Ahí fue a buscarlo Johnny. O mejor dicho: primero habló conmigo y después fue a la mesa de Bradley dispuesto a impresionarlo, a hacerlo renunciar.

-¿Dices que lo amenazó?

El barman ya es algo más que el narrador. Es el dueño de la historia, el orgulloso y equívoco testigo:

-Johnny era incapaz de un acto violento, siquiera de una tibia amenaza, chico... Así que montó un número especial para el soldadito. Fingió no saber con quién se sentaba y bebió con él, contó y lloró como ante un confidente ocasional su mal de amores, le habló de los boleros, lo fue abandonando... Hasta que en un momento dado sacó un estilete y se hizo un tajo en la muñeca... Un buen tajo, chico.

Asientes, le indicas con el gesto que eso ya lo sabes. No necesita estímulos. El Milpalmeras es un narrador desbocado:

–Johnny comenzó el acto final de su número. Sacó una pluma que llevaba en el bolsillo de la guayabera y ahicito nomás, sobre una servilleta de papel, mojando la pluma en su propia sangre, comenzó a escribir: “Este será mi mejor bolero...”, decía. El chico estaba blanco del susto, sabes... Hasta que en medio de la escritura Johnny agarró el estilete, hizo un gesto desesperado y sin que Bradley pudiera hacer nada, se apoyó el arma en el vientre, la hundió y cayó de costado... Ahí mismo, Carter.

Te quedas mirando el dedo que señala el lugar y no el lugar. Te interesan más la mano y su dueño.

–¿Y se mató, Milpalmeras? Eso es demasiado bolero para mí...

El mulato enarca las cejas, hace la pausa final y llena otra vez los vasos sin una palabra. El piano ha vuelto a sonar a tus espaldas, va creciendo un contrabajo y las palabras del Milpalmeras serán para ti como las de una canción que no tiene tonada todavía:

–Fue demasiado para el chico... Y para mí, Carter. Porque lo habíamos arreglado todo con Johnny, sabes: él lo asustaba al soldadito lastimándose un poco en el vientre, después aparecía yo y lo espantaba con la excusa de la policía y el escándalo mientras Johnny se quedaba tirado ahí, desangrándose, falsamente malherido, hasta que llegara Almita a su lado y él pudiera montar la escena final...

–¿Qué escena final?

–Imagínate: “¡Esto es sangre!”, diría ella cayendo junto a él, arrepentida entre lágrimas... “No. Solo es tinta, mi amor...”, le diría él con un hilo de voz antes de fingir desmayarse y dejarle entre manos un bolero recién sangrado de su pulso... Era una buena idea, chico.

No puedes sonreír. El Milpalmeras no quiere. Es un narrador especial, dotado para el grotesco como tú, que no lo sabes todavía...

–Pero esta vez no funcionó, chico... O sí –te dice ya sin pesadumbre–. Cuando llegué, corriendo, lo empujé a Bradley, que se tambaleaba borracho y perplejo, para que se alejara y me agaché junto a Johnny para preparar la comedia. Y ahí vi el estilete, Carter, que sobresalía tanto así de la camisa. Y demasiada sangre...



“... sobre una servilleta de papel, mojando la pluma en su propia sangre, comenzó a escribir...”

El barman puede contar el acceso al espanto, describir la gradual revelación de la muerte con la displicencia de un forense de guardia que recorre los pasillos de su propia memoria:

-Enseguida me di cuenta de que algo andaba mal, sabes... Algo había fallado, un error de cálculo tal vez, una burla final de Johnny... Porque él parecía tranquilo, chico... Tanto que cuando apareció ella y lo abrazó, comenzó a recitar su libreto, a decirle lo de la tinta en un murmullo. Almita se asustó y yo también: él no fingía, Carter..., se iba. Entonces me incliné sobre él, junto a ella, y en ese momento él abrió mucho los ojos, como si no lo creyera, hizo un ruido como de cañería y quedó muerto ahicito nomás, en un charco de sangre.

-¿Qué hicieron los demás?

-Cuando me di vuelta tu amigo había desaparecido... Y nunca más volvió por aquí. Almita se quedó largo rato tendida sobre él, sollozaba y apretaba el bolero recién escrito, borroneado con sangre y más sangre, ilegible... Nunca lo pudo cantar.

Dejas que se haga una laguna de silencio, esperas que él siga adelante. Pero no parece dispuesto; entonces insistirás:

-¿Cómo te lo explicas, Milpalmeras?

Se va. Con cualquier pretexto te deja solo y se afana durante unos momentos en el otro extremo de la barra con clientes que no lo necesitan.

-Oye... Johnny estaba enamorado, sabes... -dice al volver, como si fuera una noticia fresca-. Él sí que lo estaba, y quiso demostrárselo a ella; y a mí también, que me engañó. Y supo decírselo por última vez sin esperar la respuesta, quiso quedarse con la última palabra... Eso es lo que tienen los cabrones suicidas, chico. Hacen trampa: a ella, a mí, a tu amigo incluso...

Te quedas rígido. No puedes decir nada. Pero algo dices, sin embargo:

-Bradley...

-Él te habrá contado otra versión, seguramente -te interrumpe-. Mira, chico: con el tiempo, los recuerdos, las heridas y las marcas de la juventud cambian de sentido; algunas se borran, otras cicatrizan...

-Bradley soy yo.

-... y hay que pagar, por todo hay que pagar en la vida -prosigue el Milpalmeras sin oírte-. Ella siempre se cobra, así que es mejor elegir cómo pagar, porque...

-Te he dicho que soy Bradley -repites y te quitas los anteojos como si te desnudaras.

-Lo sé.

Al decírtelo ha cambiado por tercera vez en la noche la profundidad de su mirada. Ahora te mira al centro de las pupilas, ni más acá ni más allá.

-Lo sé desde el momento en que llegaste... ¿Qué quieres?

Todavía estás a tiempo de detenerte. Él ha hecho lo posible por evitarlo, pero tú sientes que insistirás, que es inútil pero insistirás:

-¿Qué quiero? No sé muy bien qué... -Y es cierto que no lo sabes, ni bien ni mal-. Pero creo que en estos años me he hecho otra versión de esa muerte, Milpalmeras. Tal vez no se suicidó, tal vez no fue un error de cálculo, tal vez alguien lo ayudó a último momento con el estilete, una vez terminada la comedia, cuando estaba en el suelo...

-¿Piensas en ella?

-No. En ella no.

No se le mueve un músculo del rostro cuando te dice:

-¿Por qué lo habría de hacer yo, Bradley?

-Tal vez por ella: todos estábamos locos por ella, Milpalmeras, tú lo dijiste.

Comienza a sonreír. Levemente. Aquella noche había dejado de hacerlo. Y ahora volvía.

-Eso es cierto... -dice-. Deberíamos estar muy locos para hacer esas cosas. Demasiados boleros, ¿no crees?

La sonrisa se convierte paulatinamente en risa franca, histérica, que le descubre por primera vez la boca.

-Demasiados boleros -repite.

Pero no oyes lo que dice. Te has quedado mirando, hipnotizado, esa boca que recordabas brillante en la sonrisa de oro y que ahora es un oscuro hueco devastado por violencias de amor y de extraña locura: faltan dos, tres dientes de oro allí.

-¿Cómo pudiste, Milpalmeras?... -balbuceas.

No piensa contestarte eso. No piensa hablar más. No deberías tampoco preguntarle por ella.

Te señalará el guardarropas, te aconsejará que des por perdido el impermeable, pero que no vuelvas a mirar esos despojos de mujer que no quisiste reconocer al llegar.

Han apagado repentinamente todas las luces y en el Guayaba Club, como hace veinte años, el spot busca a alguien en la oscuridad. ◇





LAS SEÑALES

ADOLFO PÉREZ ZELASCHI



LAS SEÑALES

Estaba por fin ahí, como el rostro de un destino antes descifrable y ahora revelado: un hombre de piedra (el sombrero sobre los ojos, casi palpable la pesada pistola) pero atentísimo a las próximas señales del estrago.

Ese hombre ahí significaba que todos los plazos se habían cumplido; que él, Manolo, pronto sería el cadáver de Manuel Cerdeiro, llorado por su mujer, recordado durante un tiempo por alguno de sus paisanos y por sus parroquianos solo hasta que otro (desde luego gallego, recio, petiso, velloso y cejudo) lo sustituyera en el mostrador del bar La Nueva Armonía.

Ahora, frente a esta muerte enchambergada, comprendía con claridad por qué los vecinos lo miraban con piedad y por qué sus palabras tenían dejos de lástima constante:

-¿Qué tal, Manolo? -la conversación solía comenzar así.

-Trabajando, ya lo ve.

-Es la vida del pobre. Y... ¿más sereno ya?

-Sí..., pero hablemos de otra cosa.

Pero ellos nunca querían hablar de otra cosa, sino de aquella por la cual el barrio -la pequeña esquina desteñida de Floresta al sur, calle Mariano Acosta al mil y tantos- fue transportado súbitamente tres meses atrás a los titulares de los periódicos amarillos.

Primero eran los consejos:

-Le convendría cambiar de barrio...

-Es difícil vender el bar.

Y luego volvían al tema obsesionante:

-Nunca se sabe... Con esa gente no se puede jugar. ¡Y la policía que no lo protege a uno! El agente ya no está más, ¿verdad?

-Ve usted que no. Hasta luego... Lo pasado, pisado.

Se iba, huía, pero aun así sabía que lo miraban alejarse como al portador de una segura enfermedad mortal.

Había otros diálogos, sin embargo, aunque en el fondo eran lo mismo.

-¡Lo felicito, hombre! ¡Qué coraje tuvo!

-Me defendí, nada más. Pero no quiero hablar. Lo pasado, pisado.

-Para usted, sí. Pero ellos eran tres. Cayó uno y quedaron dos.

-No quise matarlo; me defendí, nada más.

-Para un valiente como usted, lo mismo es uno que diez. Que vayan saliendo, no más, ¿eh? ¡Qué hígados: enfrentar al Lungo Riquelme!

-Usted perdonará, pero debo atender a los clientes. No me gusta recordar.

Era, sin embargo, un recuerdo para llenar una vida y, sobre todo, la del oscuro Manolo Cerdeiro, atado día a día y durante años a una noria de jornadas iguales detrás del mostrador de La Nueva Armonía. Abrir el bar, atender a los corredores, a los parroquianos, desde la mañana hasta la madrugada; turnándose con la patrona, salvo los lunes, día en que comenzaba a las siete de la tarde. Estos lunes preparaban con nabizas, pingüe unto sin sal, papas y porotos, un caldo gallego blanquecino, generoso y tan espeso que las cucharas quedaban clavadas de punta en su masa, y del cual bebían (o comían) dos soperas, empanadas de pescado fuerte o callos, regado todo con vino tinto áspero y común. Era una fiesta, su única pausa en el trabajo, su escape hacia el mundo, ahíto, satisfecho, sin necesidad ni temor, que le aguardaba cuando pudiera redondear una fortuna. Luego, después de una siesta bovina y profunda, reabría el bar y, mientras llegaban los clientes, hacía las cuentas y preparaba el dinero para depositar en el banco.

Aquel día, concluidas las sumas y las restas, liado y encerrado el dinero bajo llave en un cajón del mostrador, estaba limpiando unos vasos cuando, a un ruido de pasos, levantó la cabeza y se encontró frente a aquellos dos hombres parecidos a cuchillos.

-¿Desean los señores?

-Pasá el fajo y no grités, gallego.



“Y ya no vio sino la boca de la pistola con que el más bajo lo encañonaba”.

Y ya no vio sino la boca de la pistola con que el más bajo lo encañonaba.

Manuel Cerdeiro no era, tal vez, un cobarde. Por eso demoró un par de segundos mientras sentía que un sudor rápido le pegaba la ropa a la piel.

-Apurate, gallego, o te liquido -dijo el de la pistola, y el más alto, sin mover el cuerpo, le cruzó la cara con el canto de la mano, en un golpe cruel, duro e injusto.

Llorando -recordaba que lloró, pero no sabe si fue de rabia o de miedo, o las dos cosas juntas-, abrió Manolo Cerdeiro el cajón. Allí estaba el dinero, en un fajo de solo veintitrés mil pesos y también, saltándole a los ojos como la cabeza de una víbora, como la punta de un látigo, como una fría lengua de acero, aquel Colt 38, caño corto, que le vendieron junto con el bar, diez años atrás, y que jamás había usado. Hasta allí, los hechos memorables. Luego todo se confundía turbulentamente, se superponía en un lapso que debió de ser segundos, y en el cual, llevado por el dolor de aquel golpe injusto, por un rencor instantáneo y feroz, por el pánico, por todo eso, se halló de pronto disparando su revólver sobre los dos hombres, dos veces, tres, cuatro, vaciando el tambor del arma sobre ellos, encogiéndose tras el mostrador porque también le tiraban mientras se retiraban lentos y precisos hacia la puerta con las cuarenta y cinco de inacabables recámaras, viendo sin ver, ciego, en tanto algunas botellas caían deshechas, regándolo de anís, cegándolo de coñac. Hubo un confuso ruido de mesas derribadas, patadas en el suelo, mientras él, enajenado por aquel rapto de matar y morir que le quemaba el alma, gatillaba inútilmente contra cualquier cosa su revólver ya sin proyectiles. El mostrador subió como un telón invertido, de abajo hacia arriba, borrándole todo mientras él caía derribado por una bala, sin tomar conciencia de que caía, ni por qué. Por tanto, advirtió de pronto que su boca daba contra el suelo, que olía, olfateándolo, el seco olor del polvo acumulado en las tablas no barridas, que no podía levantarse. Vio que la sangre le corría por la camisa, no sabía desde dónde, un dolor agudo le barrenó el hombro y volvió a caer, entonces sí, sin sentido.

Ese mismo dolor lo volvió en sí. El bar estaba lleno de voces, de sombras, de agitación y de ruidos. Un hombre recio y colorado se inclinaba sobre él. Luego se irguió:

-La bala le lastimó el hombro. No es grave, pero tengan cuidado.

Dos camilleros lo levantaron en vilo y lo sacaron acostado, semi-desnudo, desvalido e infantil. Sintió una súbita vergüenza al pasar



casi en cueros entre la apretada hilera de los curiosos, de los vecinos, de todo el barrio aborregado ante la puerta de La Nueva Armonía al concierto de los tiros, y volvió a desmayarse cuando lo metieron en la ambulancia.

Solo después, y lentamente, mientras salía del asombro como de una red de hilos infinitos que solo se iban soltando uno a uno y despacito, reconstruyó el episodio, a la vez trivial y trágico, oscuro y heroico.

Ese día, aprovechando una hora vacía, dos asaltantes intentaron robarle. Un modesto golpe de mano, en un bar huero y a un hombre solo, desprevenido, desarmado y presumiblemente cobarde. Poco dinero, es cierto, aunque proporcional al escaso riesgo. Pero, imprevisiblemente, la víctima resistió (por avaricia, por aturdimiento, por estupidez, dijeron todos; nadie por cívico heroísmo) y mató a uno de los atracadores, mientras el otro huía. Nada, como se ve, más allá de un episodio cualquiera de la crónica policial. Nada más..., si el muerto no hubiera sido el Lungo Riquelme.

Pero lo era, y por eso la gente empezó a mirar a Manuel Cerdeiro como a un cadáver, con lastimosa piedad, tanto que a veces él mismo se olisqueaba para ver si ya hedía a la muerte que le asignaban.

-Lástima que era Riquelme -decían.

Él sonreía, crispado:

-Sí..., sí. Fatalidad. Pero no quiero hablar de ello.

Así, y todavía exánime en el hospital, lo había repetido a los reporteros entre relumbre de *flash*.

-¿Sabía usted que era el Lungo Riquelme?

-No.

-De saberlo, ¿hubiera resistido lo mismo?

-No sé. Todavía no sé bien quién es ese señor Riquelme.

No lo sabía pero lo aprendió: el Lungo Riquelme era el mayor y el jefe de tres hermanos, duros profesionales del delito, asesinos todos, que desde hacía dos años se tiroteaban con increíble buena fortuna con la policía de cuatro provincias y la uruguaya. Asaltar era su oficio; matar, un azar aceptable para ellos; morir, un riesgo conexo. Bancos, pagadores, joyeros, casas de cambio, habían sido saqueados uno tras

otro, a veces en pleno centro, y cuatro hombres habían caído ya bajo sus pistolas sin ley. Porque los Riquelme disparaban en seguida, sin más, alevosamente, cuando alguien resistía o parecía dispuesto a hacerlo. Así mataron a un oficial de policía llamado Bazán, y entonces se trabó uno de esos duelos cerrados, porfiados, sin piedad, incluso con víctimas por lujo, que se dan entre uno o más delincuentes y la policía cuando a esta le matan uno de sus hombres. En tal duelo se tira de cualquier manera, en cualquier lado, sin aviso, sobre el culpable, el acompañante, el encubridor, el sospechoso, que son todos uno, y lo mismo para los perseguidores, como estos lo son para los otros. Y del otro lado se mata por seguridad, como quien da vuelta una llave, como un pagaré contra la propia muerte, que el delincuente sabe inevitable, a menos que huya del país. Así, a las órdenes del comisario Gregorio Bazán, hermano del oficial muerto, se peleaba contra los hermanos Riquelme, que no se entregarían jamás.

Hechos a esta fatalidad, los Riquelme eran para el gallego Cerdeiro otra fatalidad sin escape. Los cronistas y reporteros hablaron de esto: “Conociéndose la solidaridad que se practica en el hampa, y más en el caso de los hermanos Riquelme, corre grave peligro la vida del señor Cerdeiro...”, o “Es indudable que los dos hermanos Riquelme tratarán de vengar a Juan, alias El Lungo, que era el mayor de los tres”. Incluso la revista *Ahora* publicó una serie de notas que tituló “El juramento de los Riquelme”, según la cual los dos sobrevivientes, Ernesto y Pedro, habían jurado en rueda de taitas y sobre el filo de un cuchillo que perteneció a Di Giovanni dar muerte al pobre gallego luego de un largo paseo de agonía, de esos que se ven en televisión. Lo asesinarían desde un automóvil en marcha, lo balearían desde atrás, lo apuñalarían dormido, al abrir una puerta volarían él y la puerta al soplo de la gelinita; cualquier cosa podía suceder en cualquier momento. Sería un concluir sin horror, seguro, rápido y técnico, aceptado de antemano por todos.

Por eso, cuando Manuel Cerdeiro volvió del hospital, hubo, noche y día y durante dos meses, un agente uniformado en la esquina de La Nueva Armonía. Desde su lugar, detrás de la caja, el gallego llegó a mirarlo como si fuera un elemento definitivo del paisaje urbano que

cabía entre la puerta y la vidriera del bar; permanentemente como la casa de enfrente y sus balcones, como la mercería del armenio Bakirgian, en la esquina opuesta y transversal, el foco suspendido sobre los adoquines color plomo o la vereda de piedras desniveladas.

Un día el agente desapareció. No hubo nadie en la esquina. Increíblemente, Cerdeiro adivinó que tampoco lo habría ya, y todas las cosas parecieron dar una voltereta, balancearse, ceder, mientras violines y campanitas vibraban en sus oídos.

El armenio Bakirgian estaba en la puerta de su tienda y cruzó rápidamente la calle. Ni siquiera saludó.

-¡Le sacaron el agente!

-No sé..., tal vez volverá luego.

Ardían de furia los ojos del armenio.

-No; lo averigüé yo mismo en la comisaría. Han levantado la consignación. ¡Para eso uno paga los impuestos! ¡Para que cualquiera lo robe y lo asesine!

Cerdeiro fue a la seccional.

-¿Qué desea, señor?

-El comisario, por favor.

El cabo de guardia lo miró severamente:

-Está ocupado. No puede atenderlo.

-Soy... Cerdeiro..., Manuel Cerdeiro, del bar La Nueva Armonía, aquí en Mariano Acosta al mil y tantos.

-¡Ah! ¿Es por la vigilancia? Ya vino antes un turco entrometido... Bueno. Se levantó.

-Pero...

-No hay nada que hacer. Tenemos mucho trabajo y no podemos distraer tres turnos para cuidarlo a usted. Arréglese solo. Buena suerte.

Manuel Cerdeiro volvió como en sueños a su bar ("Ahoramevanamatar"). Tuvo que remirar sus botellas, las mesas percutidas, pasar los dedos por el mostrador de cinc ("Ahoramevanamatar"), abrir y cerrar los cajones para recordar el lugar de cada cosa ("Ahoramevanamatar") y, aun así, no pudo concentrarse en su trabajo (lavar los vasos, apilar las cajas vacías, barrer y regar el piso antes de que vinieran los clien-

tes –con esa furia gallega y obstinada de siempre que le había permitido durante años ahorrar el sueldo del peón y de un mozo–), porque en realidad estaba viviendo ya para la muerte. Y así, como en un sueño, vivió hasta que los días le desarrollaron un curioso doble juego de sentidos: uno, el de los ojos, oídos, tacto, atado a la rutina diaria; el otro, atento a las señales de la calle, el barrio, la ciudad entera, en uno de cuyos cubículos estaban los Riquelme, vengadores y juramentados.

Este segundo sistema le anunció la conclusión del plazo.

Eran las once de una noche de lunes, dura, helada y lluviosa. Los últimos parroquianos –tres invariables billaristas– se habían marchado y él pensaba cerrar en seguida porque nadie vendría ya, e irse a su casa, a unas cuadras de allí, tránsito de calvario (“Ahoramevanamatar”) que hacía dos veces al día con todo su ser puesto en cualquier señal que pudiera darse. Entró en la trastienda, que era un patiecito entoldado, tapiado por cajones vacíos de Coca-Cola y de cerveza, y comenzó a apartar los de la marca Tres Cometas, cuyo camión vendría mañana a retirarlos, cuando la señal vibró. Sí: no fue el abrirse de la puerta, ni los pocos pasos que siguieron los que le hicieron estremecer, sino la alarma que resonó en el segundo juego de sentidos que le había crecido durante la espera: “Ahoramevanamatar”.

Allí estaban. Midió agónicamente sus posibilidades de escape: ninguna. Tres altísimas paredes verticales y ciegas cerraban el patiecito. Nadie oiría un grito mientras el viento zumbara allá arriba, tan perdido Manuel Cerdeiro en la ciudad como en un abismo entre montañas desnudas. Solo cabía regresar al bar (“Ahoramevanamatar”) y eso hizo. De no estar tan aferrado por la circunstancia, por los ineludibles aquí y ahora, hubiese comprobado que su espanto había desaparecido y que podía realizar un balance, incluso desapasionado, de los hechos o, por lo menos, de los hechos que le concernían.

Vio, en efecto, que el recién llegado –era uno solo– estaba ya sentado a una mesita; que no podría intentar un desesperado y tal vez mortal salto a través de la vidriera, porque él mismo había cerrado, encerrándose, la cortina metálica; que el desconocido no tenía apu-

ro; que estaba sentado de tal manera –el antebrazo derecho apoyado sobre la mesa y paralelo al pecho– que su mano empuñaría en un décimo de segundo la pistola; que esta le abultaba bajo el brazo izquierdo y que otra tiraba pesadamente hacia abajo el bolsillo derecho de su americana; que estaba atento a los signos que debían venir de la noche, donde dormían los inocentes y velaban los asesinos.

Manuel Cerdeiro no sabía si pensaba en algo cuando se acercó al tipo para preguntarle qué quería tomar, si lo hizo por rutina, por servil ansia de ganar un minuto, un minuto más de vida, por aturdimiento, o por cualquier otra razón.

La mano del hombre se hundió bajo el saco y quedó allí, sin duda enroscados los dedos amarillos en el gatillo y la culata:

–Algo livianito, maestro –le dijo, mirándolo, y Manuel Cerdeiro volvió a sentirse ya muerto porque aquellos ojos fijos de víbora brillaban con inequívoca burla.

–¿Guindado?

–Eso: guindado.

Mientras vertía el licor –sus manos temblaban y lo derramaron un poco–, pensó en los paseos de la muerte que decía la revista; en los lentos suplicios con que el hampa suele, según las historietas, cobrar la traición o el crimen, y así, de nuevo como en sueños, volvió con el guindado hasta la mesita (la mano del hombre, que había salido, tornó a su nido terrible) y regresó tambaleándose al mostrador. Allí se quedó, sentado en la silla alta que usaba para recontar el dinero, con la caja como pobrísimo parapeto, mirando a aquel hombre, que, a su vez, no lo miraba, pero lo escuchaba, el oído tendido simultáneamente hacia las señales de la noche.

Todo había pasado en cuatro minutos. Luego el tiempo –inmóviles los dos, él y el otro, él y él, él y la muerte– solo fue perceptible en su más claro símbolo: en aquella aguja del reloj eléctrico que remontaba silenciosa su rueda inmutable.

Sin señal previa, a las once y cuarenta y tres se abrió la puerta. El viento arrojó dentro del bar una ráfaga de lluvia y luego a un tipo indescifrable, mojado, aterido, haraposos y con barba de semanas, desmelenado, sucio y tan borracho que ya se desplomaba. De una

corrida tembleque, adelantando las manos para asirse de cualquier cosa imprevisible antes de caer, llegó al mostrador y allí bisbisó algo.

-No tengo -dijo Manuel Cerdeiro, sin oír y coligiendo.

El borracho volvió a borrar silabas.

-Smm... iino.

-No hay vino. Es hora de cerrar. Váyase.

Apeataba el mísero a alcohol, humo, sudor, ropa vieja. Una súbita esperanza atravesó a Manuel Cerdeiro como una saeta; lo acompañaría..., lo acompañaría hasta la puerta y él adelante y el otro atrás, usándolo como viviente escudo, tal vez...

-A ver, amigo, lárguese.

Pero el hombre del chambergo lo había adivinado (todo el recinto cruzado por mensajes tácitos pero claros) y allí estaba, alto, tranquilo, fuerte, del otro lado del mostrador y ahora junto al borracho. Le calzó el brazo bajo el suyo, le torció la mano izquierda con su puño brutal e inmenso, y, cuando el pobre empezó a lamentarse, lo llevó en peso y lo empujó con destreza y violencia, lanzándolo a diez pasos, pero de pie, de tal manera que con el impulso dado el borracho se hundió en la sombra y desapareció, llevándose la esperanza, que, según había comprobado Manuel Cerdeiro, también puede residir en un piojoso.

Y todo, el viento, la lluvia, el hombre, Manuel Cerdeiro detrás de su caja, de nuevo el otro allí, a diez metros apenas, de nuevo la mano próxima a la pistola, de nuevo los dos oyendo la ciudad, descartando los conocidos ruidos: el rodar de un taxi; de cuando en cuando, el ronroneo del ómnibus 170, el asmático paso -ras, ras, ras, ras- del colectivo 201, algún rápido y fugaz chris-ris-ris de neumáticos sobre el pavimento mojado, el continuo, continuo, continuo rodar, caer, gargarizar del agua a las cunetas en la boca de tormenta que bebía lluvia frente al bar, de nuevo pensando Cerdeiro en todas las puertas herméticas cerradas ante él, cada vez girando como en el vacío cada cosa ("Ahoramevanamatar"), cada vez más remotas, a medida que se aproximaba la señal de la sentencia desde algún punto de la ciudad dormida, impenetrable al tácito gemir, al mudo implorar de aquel pobre gallego que sudaba como Cristo en las últimas estaciones del Calvario.

A las doce y doce de la noche dio la segunda señal. Oyeron –los dos, porque la mano del otro ganó de nuevo su leonera con la fieralos pasos en la calle: rápidos, pequeños, esquivando sin duda los charcos de la vereda.

En seguida se abrió la puerta, avanzaron otra vez el viento y la lluvia, un paraguas inmenso y brillante entró después y tras él la menuda figurita de Adelqui Martinelli, un vecino.

–¡Hola, don Manolo! Llueve, ¿verdad?

Manuel Cerdeiro sonrió dolorosamente y no dijo nada.

El hombrecito, chiquito, panzón, tocado con un tirolés negro, donde lucía una ridícula pluma, plegó el paraguas y fue derecho al mostrador con pasitos de bebé.

–¿No cerró todavía? –preguntó–. ¿Por qué?

Adelqui Martinelli era el hombre de las preguntas con respuestas ahorrables.

–Es tarde... Las doce y cuarto.

Controló su reloj pulsera con el eléctrico de la pared.

–Allí dan las doce y doce. ¿Anda bien?

–Muy bien.

–Vengo de casa de mi hija mayor. Todos los jueves voy allá. ¿Usted sabía? Y, cuando pasé, pensé: me vendría bien una ginebra con este frío.

–¿Quiere una ginebra?

–Una Bols.

–¿Doble?

Adelqui Martinelli vaciló largamente. Después:

–Doble –dijo resueltamente.

Manuel Cerdeiro se volvió hacia el estante de las bebidas. Antes de servir vio sobre este el lápiz y el papel para las cuentas. Entonces, siempre de espaldas, fue haciendo mañosamente dos cosas a un tiempo: con la mano izquierda bajó la ginebra, con la derecha tomó el lápiz; nuevamente con la mano izquierda depositó un vasito en el estante inferior y con la derecha escribió, mientras servía despacio: “Llamealopolicíapronto”.

Luego dejó rebosar el vasito hasta que la ginebra humedeció su base, lo apretó contra el papel hasta que este se mojó a su vez y que-



“El hombrecito, chiquito, panzón, tocado con un tirolés negro, donde lucía, una ridícula pluma...”

dó adherido al vidrio; finalmente deslizó las dos cosas, el vasito y el papel sirviéndole de bandeja, sobre el cinc del mostrador hasta ponerlo bajo la mano del casi enanito.

El viejo Adelqui leyó. Luego interrogó con los ojos a Cerdeiro, desmesuradamente, y comenzó a abrir la boca. Fue un diálogo por sig-

nos: Adelqui vio el sudor que relucía en la estrecha frente del gallego, sus párpados semicerrados, el ruego íntimo, desesperado y mudo que se desprendía de todo él y comprendió (Adelqui era del barrio y conocía la historia de Riquelme). Sus ojos asustados giraron hacia atrás, sin mover la cabeza señalaron al asesino... Cerdeiro asintió levísimamente.

–¿Ri... quelme? –preguntó Adelqui con un siseo inaudible, y Cerdeiro volvió a asentir.

Entonces el diálogo por signos se invirtió, y el gallego vio como se perlaba la frente del viejo y sus manos comenzaban a temblar cómo las de un perlático, tanto que la mitad de la ginebra se le derramó en la barba, mientras él, Manuel Cerdeiro, lo maldecía e injuriaba silenciosamente con lo mejor de su honesto terror (“Se dará cuenta, viejo imbécil. Nos matará a los dos”), cómo luego trataba de encaminarse hacia la puerta, tambaleándose de miedo, con las piernas tan ingobernables como dos flanes.

Cuando pasaba frente a la mesita del enigma, este se levantó sin prisa y apoyó la mano en el hombro redondito de Adelqui:

–Usted no sale, abuelo. Tírese ahí, en ese rincón, atrás de esa mesa, y no se levante ni para hacer pis, porque se viene el baile.

Sin una palabra, el viejo Adelqui –¡temblaba, temblaba!, ¡oh, cómo temblaba!, su pobre corazón allá dentro, aleteando con tan loco terror, con tan abyecta miseria que hasta hubiera dejado de latir solo para congraciarse con el asesino– se dirigió al lugar ordenado, y se tendió en el suelo, rígido, horizontal.

Y volvió todo –las doce y veintiocho– a su sitio, salvo aquel ronquido abominable que partía del lugar donde Aldequi prefiguraba su propio cadáver, tal vez agonizante, y en todo caso no de falla de su cuerpo, sino de su alma, estirada como una cuerda, tan tensa que a punto de quebrarse emitía ese sonido premonitorio del síncope.

Y detrás de la caja Manuel Cerdeiro, ya entregado sin fuerzas a su miserable suerte, ya agachado como un buey que espera la maza del carnicero, ya sin siquiera enumerar los indicios de la noche, porque ninguno le importaba ahora salvo el último (“Ahoramevanamatar”..., “Ahoramevanamatar”).

De pronto –el reloj, inatendido, marcaba la una– se dio la verdadera señal: un automóvil negro y mojado (Manuel Cerdeiro vio solo su brillante capota húmeda que reflectaba turbiamente la luz de los focos) se detuvo un instante, hubo un doble golpe de portezuelas, y de él descendieron dos hombres, negros, iguales, que abrieron por fin (la por-fin-muerte, al final, de la espera), sin violencia pero con fuerza inapelable, la puerta del bar. Ya en el primer paso que dieron dentro tenían las pistolas en las manos. El primer tiro pasó a diez centímetros del gallego, el otro le dio en el hombro, en el mismo hombro antes herido y lo derribó detrás del mostrador, como la otra vez, y luego ya no supo qué ocurría del otro lado, pero oía los tiros, el ruido de las cosas volcadas y el grito, el gemido de Adelqui Martinelli: “¡No me maten!”. Un hombre vino atropelladamente con eses y quebradas de tango a caer de este lado del mostrador, y su sombrero con gotas de lluvia rodó hasta la misma cara de Manuel Cerdeiro, que olió estúpidamente (un olor de violenta agua florida), mientras el dolor le desgarraba el hombro, como la otra vez, y advirtió que el sombrero, que el hombre, que el desconocido últimamente llegado, que el hombre del tango, estaba muerto y que simultáneamente decenas de terribles balas de hilera, uno, dos, tres, cuatro, hacían saltar vidrios, revoques, y otra vez cuatro, seis, diez, doce esquirlas de madera, agujereaban el mostrador también tiradas desde la calle –dos, tres, dos, tres, dos, tres–, y todo quedó en silencio hasta que una voz sonora, inmensa, potente, gritó:

–¡Paren! ¡Bazán habla!

Entraron varios hombres:

–Levántate, gallego. Ya pasó. En seguida te vamos a curar.

Lo sentó en una silla como un muñeco. Era el hombre de chambergo.

–Soy el comisario Gregorio Bazán, y quise esperarlos aquí a esos hijos de puta. Perdoname, viejo, el jabón que te llevaste, pero en estas cosas es mejor no abrir la boca. Yo sabía por una alcahueteada que vendrían esta noche. Por eso los esperé –Gregorio Bazán dio un puntapié a uno de esos yertos Riquelme–. Mucho tiempo esperé este día. Ya cayeron los tres, pero eso no me devuelve vivo a mi hermano.

El bar estaba lleno de policías uniformados y de civil.
Detrás, en la calle, ya se oían gritos, la sirena de la ambulancia, la alarma de la gente que acudía. En el suelo estaban los dos Riquelme muertos, y, en una silla, llorando y sentado, un pobre gallego que asistía a su propia resurrección. ◇



LOS AUTORES

Elvio E. Gandolfo

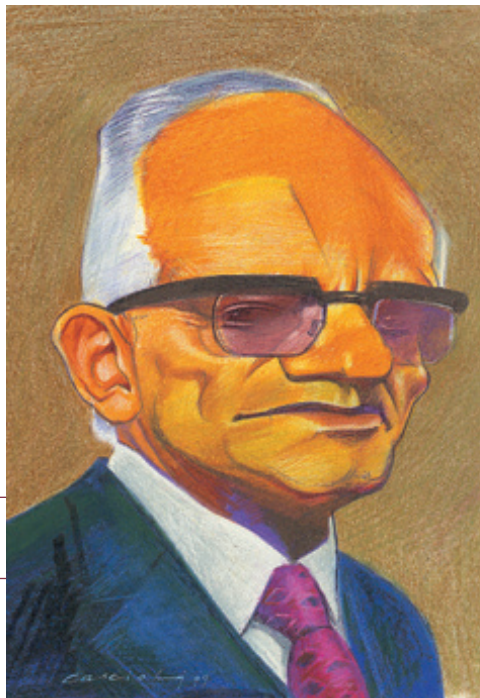


Pablo De Santis (Argentina, 1963) es escritor, guionista de historietas y de televisión, crítico y periodista. Publicó las novelas *Filosofía y Letras*, *La traducción*, *El teatro de la memoria*, *El calígrafo de Voltaire*, *El enigma de París* (Premio Planeta-Casa de América 2007). Es autor de la historieta *Rompecabezas*, con dibujos de Max Cachimba. Publicó varias novelas juveniles, entre ellas *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El inventor de juegos* (llevada al cine) y dirige las colecciones Enedé, de historieta, y *La Movida*, de novela juvenil, en Ediciones Colihue.

Elvio E. Gandolfo (Argentina, 1947) es escritor, traductor, crítico y periodista. Dirigió en Rosario la revista *El Lagrimal Trifurca*. Ha publicado los libros de cuentos *La reina de las nieves*, *Caminando alrededor*, *Rete carótida*, *Sin creer en nada*, *Ferrocarriles argentinos*, *Cuando Lidia vivía se quería morir*, *The Book of Writers* y las novelas *Boomerang* y *Ómnibus*. Ha compilado volúmenes de literatura de ciencia ficción, policial y suspenso. Trabaja en el diario *El País*, de Montevideo, y colabora en diversos medios de la Argentina.

Juan Sasturain (1945) es narrador, guionista de historietas y periodista. Publicó las novelas *Manual de perdedores I y II*, *Arena en los zapatos*,

Adolfo Pérez Zelaschi



Parecidos S.A., Los dedos de Walt Disney, La lucha continúa, Dudoso Noriega, Pagaría por no verte y los libros de cuentos *Zenitram* y *La mujer ducha*, entre otros títulos. Es autor de los libros de ensayos y entrevistas en torno a la historieta *El domicilio de la aventura* y *Buscados vivos*, y de la historieta *Perramus*, con dibujos de Alberto Breccia. En televisión ha conducido los programas *Ver para leer* y *Continuará...* El cuento que se publica ganó el concurso de la *Semana Negra de Gijón* (España), en 1990.

Adolfo Pérez Zelaschi (Argentina, 1920-2005) ejerció el periodismo, disciplina de la que también fue docente. Como poeta, se lo vincula con la denominada *Generación del 40*; en 1945 publicó el volumen *Cantos de labrador y marinero*. Tuvo una extensa y laureada producción narrativa, en la que se destacan los títulos *Hombre sobre la pampa*, *Más allá de los espejos*, *El terraplén*, *La puerta amarilla*, *Los Montiel*, *Con arcos y ballestas*, *Divertimento para revólver y piano*, *Nicolasito*, *Con Guiye, sesenta*, *Presidente en la mira*. El cuento que aquí se publica recibió el Premio de la revista *Vea y Lea* 1961 por un jurado compuesto por Jorge L. Borges, Adolfo Bioy Casares y Manuel Peyrou.

ÍNDICE

P·7

P

PRÓLOGO

P·9



LA MARCA DEL GANADO

PABLO DE SANTIS

P·25



UN ERROR DE LUDUEÑA

ELVIO E. GANDOLFO

P·49



CON TINTA SANGRE

JUAN SASTURAIN

P·71



LAS SEÑALES

ADOLFO PÉREZ ZELASCHI

P·91

A

LOS AUTORES
